

LA SOLIDARIDAD DEL CRISTIANO CON LA IGLESIA UNIVERSAL:  
ANTE JUICIO AL CARDENAL MINDSZENTY (1)  
(13 - II - 1949)

El espíritu cristiano está hecho de solidaridad y unión.

No comprenderíamos lo que es la Iglesia, organismo sobrenatural donde todos los miembros están íntimamente ligados, si no sintiéramos como en carne propia lo que a nuestros hermanos acontece.

Acaba de terminarse un juicio que constituye por su fondo y por su forma una vergüenza para el mundo civilizado.

Víctima de él, es un Príncipe de la Santa Iglesia, el Primado de Hungría, el Eminentísimo Cardenal Mindszenty.

En nombre de ideas nobles y sublimes, justicia, libertad, democracia, se han violado y atropellado las mismas ideas que se invocan.

Ante este hecho oprobioso nos corresponde como católicos, una triple actitud: la protesta serena, la oración intensa y la meditación profunda.

La protesta serena.- La Iglesia no teme a los que pueden aherrojar los cuerpos. Sabe porque la fe y la experiencia se lo enseña, que la persecución por la verdad y por la justicia es la herencia más rica que su Fundador le dejara. Sabe que de la Cruz nace la vida y que la "sangre de mártires es semilla de cristianos".

Sin armas materiales, sin otra fuerza que la verdad que hace libres, la Iglesia protesta de estos atropellos que no sólo atacan su fe religiosa, sino que hieren la misma dignidad humana.

Sin estridencias, ni gritos destemplados, en nombre de los fieles de la Diócesis de Talca, y, estoy cierto, en nombre de todos los que aman los grandes principios que hacen posible la convivencia entre los hombres, elevo mi protesta firme y enérgica por el atropello a la verdad del Cardenal Mindszenty significa.

Os invito, amados fieles, en segundo lugar, a la oración intensa.

Es la gran fuerza del cristiano y de la Iglesia.

Mientras Pedro, el Vicario de Cristo, yacía en cadenas, la Iglesia primitiva oraba.

En los momentos de dolor y de angustia, en las grandes vicisitudes de su historia dos veces milenaria, la Iglesia llama con mayor instancia a la oración.

---

(1) *D.M.*, p. 3. Título original: *Protesta, plegaria y meditación.*

Ella sabe, para decirlo con palabras de Lacordaire, que “la oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios”.

Os exhorto a la oración:

Sacerdotes y fieles: oremos con renovada instancia porque el Señor conceda al Eminentísimo Prelado húngaro la fuerza en la prueba, el consuelo en el sufrimiento y la libertad de que ha sido, contra toda justicia, privado.

Por último, os llamo a la meditación. Sepamos sacar las consecuencias de este hecho doloroso.

Lo sucedido, como todos los horrores que presenciamos, son la conclusión lógica del ateísmo.

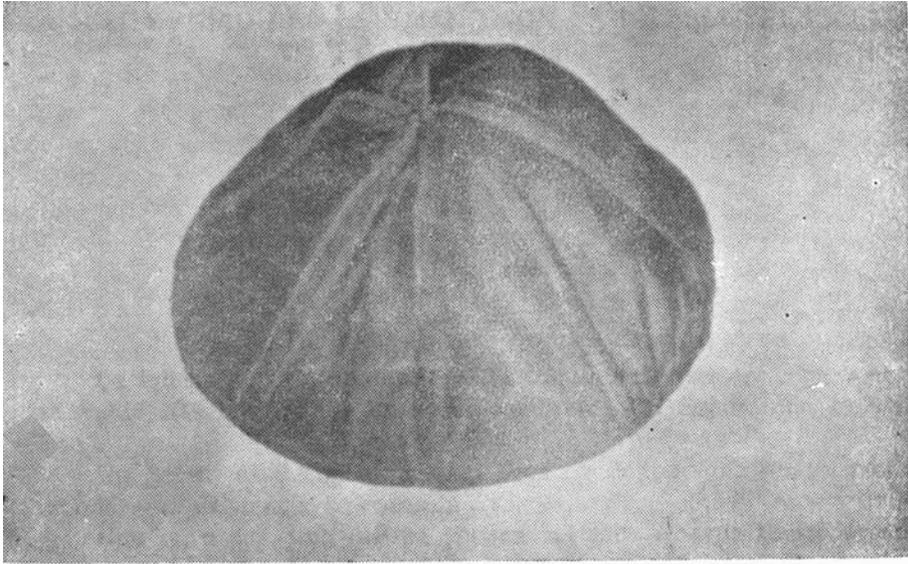
Se quiso quitar a Dios de la vida humana; Estado sin Dios, leyes sin Dios, escuela y hogar sin Dios y se dijo que en su lugar se proclamaban los derechos del hombre. Y al quitar al mundo su fundamento, ni los derechos de Dios ni los del hombre fueron respetados.

El teísmo que muchos proclaman individualmente, al ser integrado en una filosofía social, como la comunista, nos da los frutos de opresión que hoy lamentamos.

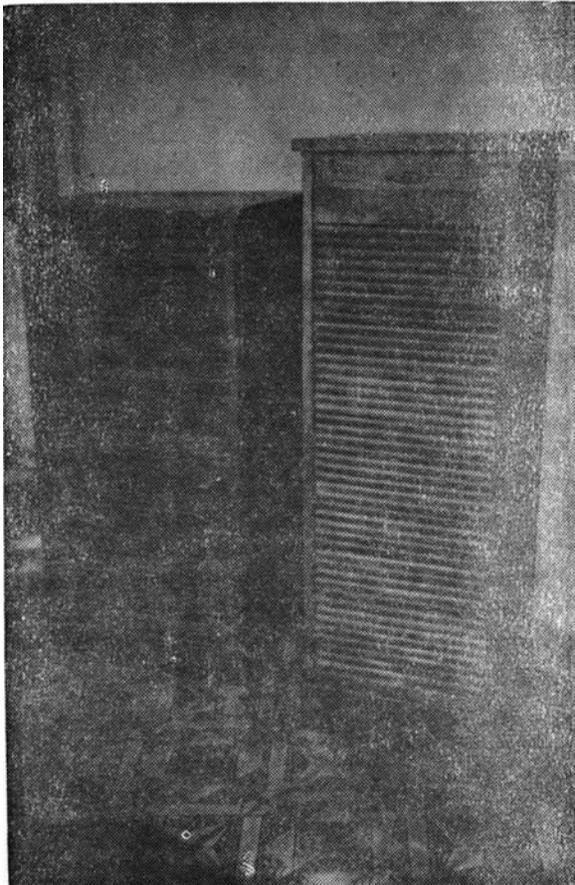
La lección es muy clara: no pretendamos curar estos males profundos con remedios superficiales. No tratemos de atacar un mal sin descuidar a las causas; es la ausencia de Dios, el olvido de Cristo, el desprecio de su Evangelio y de su Iglesia, la que lleva al mundo a todas estas formas de injusticia y barbarie que presenciamos. Y mientras no se vuelva a colocar la piedra angular insustituible, todo el edificio social irá a su ruina.

El dilema es claro y perentorio: o someterse a Dios o perecer.

En esta hora amarga de la Iglesia, vaya al Padre común de la cristiandad, el Papa Pío XII, la adhesión filial de esta Diócesis de Talca; su Obispo, su clero, sus fieles, y el eco de nuestra protesta serena, de nuestra oración intensa, y de nuestra meditación profunda por el atropello de los derechos esenciales del hombre y por la injuria que en la persona del Eminentísimo Cardenal húngaro se ha hecho a la Iglesia y a su Soberano Pontífice.



*Arriba: Solideo que lleva-  
vara Mons. Larrain.*



*A la izquierda: Cárdex de  
Mons. Larrain.*

— :: —

*Ambos recuerdos se en-  
cuentran en poder del  
Obispo Auxiliar de Talca,  
Mons. A. Jiménez.*

LA SOLIDARIDAD DEL CRISTIANO CON LA IGLESIA PERSEGUIDA (1)  
(30 - VI - 1953)

La Iglesia de Cristo constituye la comunidad más estrecha y perfecta. San Pablo nos la describe en estas palabras: "Un Señor, una fe, un bautismo".

Un Señor, es decir, un mismo Dios de donde toda gracia procede y a donde toda existencia se encamina.

Una fe, o sea, una misma verdad revelada que da una idéntica respuesta a todas las inquietudes del hombre.

Un bautismo, es decir, una misma vida divina que procede de Cristo y nos estrecha a todos en la unidad profunda de la gracia que habita en nosotros.

Por razón de esta comunidad, nada de lo que acontece a cualquier miembro o sector de la Iglesia puede sernos indiferente. Careceríamos del sentido católico si no vibráramos con los dolores, angustias y preocupaciones de todos nuestros hermanos en la fe.

Sabéis, amados hijos, que en estos instantes, grandes sectores de la Iglesia sufren la más cruel y violenta persecución.

Los países de Europa dominados por el comunismo ateo y situados detrás de la frontera que se llama "el telón de acero", como también en Asia el inmenso territorio de China, ven desarrollarse una guerra sin cuartel contra la Iglesia.

Y esta persecución, lejos de disminuir, recrudece día por día en forma cada vez más alarmante y aflictiva.

Su Santidad designó a estos angustiados pueblos con el nombre de "la Iglesia del silencio". Cerrados los templos, amordazada la palabra de Dios, encarcelados los obispos, sacerdotes y religiosos, la Iglesia sufre ahí silenciosa, sin más fuerza que la plegaria y sin más consuelo que la divina promesa: "bienaventurados los que sufren persecuciones por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos" (2).

Quizás, pocas veces en la historia de la Iglesia, se encuentre una persecución tan vasta y cruel como la presente.

Para los hermanos que sufren por el nombre de Cristo, nosotros tenemos un deber: la plegaria. Es la forma más profunda de expresarles nuestra solidaridad y de alcanzar para ellos las gracias y fortalezas que necesitan.

---

(1) Título original: *Plegaria por la Iglesia perseguida.*

(2) Mt. 5, 10.

Por este motivo, venimos a invitaros a un solemne triduo de reparación y súplicas, en todas las parroquias y templos de la Diócesis, durante los días 13, 14 y 15 del presente mes, en que terminará el día de Nuestra Señora del Carmen, el jueves 16 de julio.

En dicho triduo, deseamos especialmente, se ofrezcan numerosas comuniones por esta intención.

Pedimos a los señores párrocos y sacerdotes, recomienden a los fieles la hermosa práctica de rezar diariamente el Credo por nuestros hermanos perseguidos.

Que el Símbolo de la Fe recitado en todo el mundo, de aliento a los que sufren en estos instantes por esa misma fe.

En nuestra Catedral de Talca el jueves 16, Festividad de Ntra. Señora del Carmen, tendrá lugar una solemne misa a las 7.30 P. M., a la cual invitamos a todos los fieles pidiéndoles se acerquen a comulgar en ella.

Que Nuestra Madre Santísima del Carmen, en el día de su fiesta alcance para los pueblos perseguidos aliento y fuerza y siga siempre derramando sobre Chile sus gracias y favores.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.

—:—:—

## LA SOLIDARIDAD DEL CRISTIANO CON ARGENTINA EN CRUZ (1) (25 - V - 1955)

“Cristo estará en agonía hasta el fin del mundo”. La frase de *Pascal* tiene pleno cumplimiento. La Iglesia, continuación viviente de Cristo, sigue realizando lo que el anciano Simeón dijera de Jesús: “será el signo de contradicción” (2).

La historia de la persecución varía. Cambia el nombre de los perseguidores. Pero, en el fondo siempre es lo mismo: el odio a Cristo y a su Iglesia. “Los hombres que amaron más las tinieblas que la luz”.

Lo mismo que el nazismo en Alemania, que el comunismo tras la cortina de hierro, hoy el peronismo en Argentina, deja caer su persecución insidiosa sobre la Iglesia Católica.

---

(1) *D. M.*, p. 3.

(2) *Lc.* 2, 34. Título original: *Argentina en Cruz*.

De nada vale que el Sr. Perón dijera el 10 de noviembre pasado: "Aquí no hay conflicto con la Iglesia". Los hechos están probando todo lo contrario de lo que el Primer Mandatario argentino afirmara.

La Iglesia argentina está crucificada. Todas las formas que la persecución puede revestir, de la calumnia a la violencia, se ejecutan sobre ella.

En esta hora de dolor queremos estar espiritualmente junto a nuestros hermanos.

Los católicos chilenos no pueden olvidar, ni olvidarán jamás, los vínculos espirituales que los ligan con sus hermanos argentinos. Fue en tierras de Mendoza donde San Martín y O'Higgins juraron a la Virgen del Carmen Patrona del Ejército de los Andes. Es la imagen de Cristo Redentor la que sella sobre las cumbres de la cordillera la hermandad de esos pueblos. Es su fe católica común la que ha establecido una hermandad que accidentes pasajeros jamás podrán romper.

Por eso en esta hora de amargura la Acción Católica de Talca quiere decirles que estamos junto a ellos.

Por eso pide a todos los católicos formen conciencia del martirio de la Iglesia argentina y eleven al cielo sus fervientes plegarias para que el Señor dé a los que sufren la fortaleza y a los perseguidores la luz para que comprendan su errado camino.

Esta tarde, a las 7.30 P. M., en nuestra Iglesia Catedral ofreceremos por estas intenciones el Santo Sacrificio, pidiendo junto a la Divina Víctima del Calvario por la Iglesia crucificada de Argentina.

En la unidad del Cuerpo Místico de Cristo nos unimos a los dolores y angustias de nuestros hermanos, les rendimos el testimonio de nuestra simpatía y afecto y elevamos la serena y firme voz de nuestra protesta.

—:::—

LA SOLIDARIDAD CON LA "IGLESIA DEL SILENCIO":  
ORACION Y PENITENCIA (1)  
(II - 1959)

Amados colaboradores:

Pío XII, de santa memoria, promulgó en los últimos meses de su Pontificado, el 29 de junio de 1958, la Encíclica *Ad Apostolorum Principiis* haciendo ver la persecución desatada en China contra la Iglesia Católica. Su Santidad Juan XXIII, felizmente reinante, desde el comienzo de su Pontificado, nos ha hecho sentir el acervo dolor de su alma por la tristísima situación de la Iglesia en China, que se torna cada día más inquietante.

Es deseo expreso de Su Santidad, que nos ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica en Chile, el que en todas partes del mundo se eleven especiales oraciones al Señor, actos de penitencia y expiación por los derechos divinos conculcados.

Con el fin de unirnos vivamente a este deseo de Su Santidad, y establecer en forma más sólida el vínculo espiritual que nos una con nuestros hermanos perseguidos por su fe, venimos en establecer en esta Diócesis de Talca, el domingo 15 de marzo que es Dominica de Pasión, que los párrocos y rectores de iglesias exhorten a sus fieles a hacer actos especiales de oración y penitencia por las intenciones más arriba señaladas. Igualmente, al final de la misa de ese día, se rezará la oración de la Iglesia del Silencio compuesta por Su Santidad Juan XXIII, cuya copia acompañamos.

Deseamos informar a la Nunciatura Apostólica para que a su vez ella informe a Su Santidad, de la forma como estos actos se han realizado en la Diócesis, motivo por el cual ruego a Ud. que antes de la Festividad de Pascua se sirva informarme de cómo se han realizado estas jornadas de oración y penitencia por la Iglesia del Silencio y especialmente por China, en ese Domingo de Pasión, 15 de marzo de 1959.

Aprovecho la ocasión para saludarlo y quedar como su Afmo. amigo y Prelado.

---

(1) Título original: *Oración y penitencia por la Iglesia del Silencio.*

LA SOLIDARIDAD CON ALGUNAS IGLESIAS  
CENTROAMERICANAS



OBISPADO DE TALCA  
CHILE

Nuestros hermanos de Cuba, Haití  
y Santo Domingo están viviendo  
una de las luchas más agudas.

La libertad ~~es el~~ <sup>es el</sup> derecho de la libertad  
religiosa que es base de toda verdadera demo-  
cracia.

~~Rememorados~~  
En el caso de Cuba ven instalarse  
un régimen que deriva rápidamente  
hacia el marxismo.

Ante esta situación nuestros hermanos  
deben estar.

Unos, por un <sup>regimen con libertad</sup> ~~regimen con libertad~~  
en esta línea de puntos de ~~libertad~~

la ~~palabra~~ <sup>palabra</sup> marxista "en el mundo  
tenemos guerra, pero tenemos  
y he vencido al mundo"

Nuestro profundo dolor es ~~por~~ <sup>por</sup> las ~~condiciones~~ <sup>condiciones</sup> ~~de~~  
de que ~~está~~ <sup>está</sup> en la ~~distancia~~ <sup>distancia</sup> social de

la Iglesia y en ~~estas~~ <sup>estas</sup> ideologías  
donde ~~oprimen~~ <sup>oprimen</sup> de la libertad y de la  
dependencia de la persona humana donde

los católicos han de procurar realizar  
todas las reformas sociales que el momento  
exige. Muchas veces, por desgracia, se

nunca ~~han~~ <sup>han</sup> ~~hecho~~ <sup>hecho</sup> la ~~acción~~ <sup>acción</sup> ~~material~~ <sup>material</sup> ~~realizar~~  
obviando el espíritu ~~de~~ <sup>de</sup> la ~~conciencia~~ <sup>conciencia</sup>  
donde ~~se~~ <sup>se</sup> ~~realizan~~ <sup>realizan</sup>, obviando ~~por~~



LA ADHESION AL SUMO PONTIFICE EL DIA DEL PAPA (1)  
(29 - VI - 1940)

Hoy, fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y por especial disposición de S. S. Pío XII, se celebra también el "Día del Papa".

Ha querido de este modo el actual Pontífice unir en una misma conmemoración la festividad con que la Liturgia recuerda al Primer Vicario de Cristo en la tierra y el día en que todos los fieles del orbe se unen con especial afecto a su actual sucesor.

Le ha tocado actuar a S. S. Pío XII en uno de los instantes más críticos de la humanidad. Su palabra firme, su acción inspirada únicamente en la justicia y el amor, hacen que en la hora presente su pontificado revista todo el carácter de una misión providencial.

En un mundo deshecho por las injusticias, El ha proclamado la necesidad imprescindible de una verdadera justicia social e internacional como base verdadera de la paz entre las naciones.

En un mundo invadido por el más atroz paganismo, El ha proclamado con un valor sin igual la supremacía del espíritu.

En un mundo empapado en sangre por la guerra, El ha aparecido como el verdadero apóstol de la paz.

En medio de tanta confusión y obscuridad, los ojos de todo el universo se dirigen a la blanca figura del Vicario de Cristo, símbolo viviente de la justicia, la caridad y la paz. No está lejano el día en que los pueblos cansados de sufrir vayan junto a El a encontrar el remedio de sus males.

Tengamos plena confianza en la Providencia que al darnos un Pontífice como el actual nos muestra la forma como El siempre asiste y ampara a la Iglesia.

Unámonos fuertemente por los lazos cada vez más sólidos del amor, docilidad y cooperación a nuestro Santo Padre el Papa y tengamos la certeza que ahí se encuentra la fuente de todo bien, de toda gracia, de toda autoridad y de toda jurisdicción.

---

(1) D. M., p. 3. Título original: *El día del Papa*.

LA ADHESION AL SUMO PONTIFICE: "TU ES PETRUS" (1)  
(29 - VI - 1941)

Celebra hoy la Iglesia la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y por especial disposición de S. S. Pío XII, se celebra también en esta fecha 'el día del Papa'.

Ha querido de este modo el actual Pontífice unir en una misma conmemoración la festividad con que la liturgia recuerda el Primer Vicario de Cristo en la tierra y el día en que todos los fieles del orbe se unen con especial afecto a su actual sucesor.

Motivo es éste para hablar del amor que debemos al Romano Pontífice y de la forma práctica de expresarlo.

¿Quién es el Papa? Para el hombre que mira superficialmente los acontecimientos, hay algo que parece inexplicable: un hombre sin ejércitos, sin medios humanos, encerrado en los límites del más pequeño de los estados del mundo, habla y su palabra es oída y comentada por todo el universo. Creyentes y no creyentes se inclinan respetuosos ante la más alta autoridad espiritual de la tierra.

¿De dónde le viene ese poder?

El Santo Evangelio nos narra dos escenas sublimes de la vida del Señor. Es la primera en Casarea de Filipo. Jesús pregunta a sus discípulos: "¿Qué dicen los hombres que es el hijo del hombre?" y después de escuchar las diversas respuestas y haber sentido el grito de fe de Pedro que exclama: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", volviéndose a éste le dice: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella" (2).

Resucitado, aparece Jesús a sus discípulos junto al mar de Tiberiades. La escena que San Juan en el Cap. XXI de su evangelio nos narra está llena de ternura y de emoción. ¿Pedro, me amas?, pregunta el Maestro por tres veces y a la triple respuesta del apóstol: Tú sabes, Señor, que te amo, añade "Apacienta a mis corderos, apacienta a mis ovejas".

Desde ese día, como enseña la constitución "Pastor Aeternus" del Concilio Vaticano, el príncipe de los apóstoles Pedro, vive, gobierna y juzga siempre en sus sucesores, o sea en los obispos de Roma.

El es, el fundamento de la Iglesia, el Vicario de Cristo. El apacienta a los obispos y fieles de todo el mundo; él tiene la plenitud del poder doctrinal. Es el doctor infalible, el guardián supremo de la verdad y tiene igualmente la plenitud del gobierno y de la jurisdicción.

---

(1) D. M., p. 3. Título original: "Tu es Petrus".

(2) Mt. 2, 16.

Su autoridad es plena, universal, ordinaria e inmediata.

Lo que la fe nos dice del Papa, la historia nos confirma. Todo cae y desaparece, reinos e imperios, tronos y coronas. Sólo el Papado permanece.

En la horrible crisis que hoy destroza al mundo entre los fulgores del incendio de la guerra, se alza como símbolo de esperanza y paz la blanca figura del Pontífice Romano. Con razón podemos repetir de la Roma Papal, lo que hace ya un siglo decía de ella Lacordaire: "tú me has aparecido lo que verdaderamente eres", la benefactora del género humano en el pasado, la esperanza de su porvenir, la única cosa grande que hoy permanezca viva en Europa.

Ahora bien, debemos cumplir fielmente nuestros deberes para con el Papa. Estos deberes pueden reducirse a tres: el amor, la docilidad y la cooperación.

El Papa es una manifestación magnífica del amor de Dios hacia los hombres.

En la persona del Papa amamos la adorable persona de Jesús. No se puede de veras amar a Cristo sin amar al Papa así como tampoco se puede amar a la Iglesia, sin amar al que es su cabeza visible.

Pero este amor debe ser verdadero, nacido del fondo del Corazón, expresado en nuestras palabras, sólidamente apoyado por nuestros estudios y sobre todo constantemente alimentado por la oración.

El segundo deber para con el Papa es el de la docilidad a sus enseñanzas.

La Iglesia ha recibido de Cristo la misión de conducir a los hombres a su último fin.

Por eso Dios ha establecido poderes en la Iglesia y ha impuesto a todos los cristianos el deber de obedecerle. La plenitud de estos poderes reside en el Romano Pontífice. Seguirlos fielmente es nuestra primera obligación. La obediencia y docilidad son la base indispensable de nuestra verdadera adhesión a la Iglesia y al Papa. Obediencia que no sólo hay que presentarla en las materias estrictamente para lo cual la Iglesia fue instituida.

La filial docilidad al Padre Común, es la expresión más fiel de un verdadero sentir con la Iglesia y el secreto de la fuerza para los duros combates que continuamente debe sostener.

Por último la cooperación y ayuda. Y aquí deseamos recordar la ofrenda que anualmente hacemos con el nombre de Obolo de San Pedro, al Santo Padre, con las limosnas que se reúnen en todas las misas de la fiesta de San Pedro y San Pablo el 29 de este mes.

Recordemos que esta ofrenda es una expresión de nuestro amor hacia el Padre Común y un medio para ayudarle en su programa de universal caridad. Recordemos especialmente, que las circunstancias actuales de la terrible guerra hace que muchos países católicos no puedan cumplir como anualmente lo hacen enviando al Supremo Pastor de la Iglesia la expresión de su afecto filial.

Es deber nuestro, duplicar a la medida de nuestras fuerzas estas ofrendas que nuestro Santo Padre recibía, tanto más, cuando ha aumentado el sufrimiento, dolor y necesidades de innumerables de sus hijos.

No podríamos terminar este artículo sin llamaros la atención aunque sea brevemente, hacia la misión providencial del actual Pontífice S. S. Pío XII.

En un mundo deshecho por las injusticias, El ha proclamado la necesidad imprescindible de una verdadera justicia social e internacional como base de la paz de las naciones.

En un mundo invadido por el más atroz paganismo El ha proclamado con un valor sin igual la supremacía del espíritu.

En un mundo empapado de sangre por la guerra, El ha aparecido como el verdadero apóstol de la paz.

En medio de tanta confusión y oscuridad los ojos de todo el universo se dirigen a la blanca figura del Vicario de Cristo, símbolo vivo de la justicia, la caridad y la paz. No está lejano el día en que los pueblos cansados de sufrir vayan junto a El a encontrar el remedio de sus males.

Tengamos plena confianza en la Providencia que al darnos un Pontífice como el actual, nos muestra la forma como él siempre asiste y ampara a su Iglesia.

Unámonos fuertemente por los lazos cada vez más sólidos del amor, docilidad y cooperación a nuestro Santo Padre el Papa; y tengamos la certeza que ahí se encuentra la fuente de todo bien, de toda gracia, de toda autoridad y de toda jurisdicción.



*Junto al Papa Juan XXIII*

LA ADHESION AL SUMO PONTIFICE: CINCUENTENARIO DE LA  
ORDENACION SACERDOTAL DE PIO XII (1)  
(21 - IV - 1949)

El 3 del presente mes Su Santidad el Papa Pío XII celebró el cincuentenario de su Ordenación Sacerdotal.

No quiso el Santo Padre que ninguna festividad externa y profana celebrara este acontecimiento. Pidió sí, oraciones, muchas oraciones y una intensa plegaria por la remisión de los pecados.

Así prepara las almas al Año Santo que él mismo ha designado "el año del gran retorno y del gran perdón".

Pero los hijos no se encuentran satisfechos. Quieren expresar al padre común, su afecto y su adhesión.

Y a través del mundo católico, ha brotado una idea: una nueva Radio Emisora para el Vaticano.

Es necesario que la voz del Papa se escuche por doquier.

Como los apóstoles a Jesús, así el mundo cristiano dice al Santo Padre: "Tú sólo tienes palabras de vida eterna".

Pero, esa palabra debe difundirse y ser oída.

Y a esto responde la idea hoy en marcha, una estación de radio para el Papa. El próximo domingo 24 en todas las parroquias e iglesias de Chile, se pedirá para este fin.

Yo deseo que esta Diócesis, aunque llena de necesidades y problemas, sea la primera en responder con generosidad a este llamado.

Lo hago por medio de estas líneas.

Estoy cierto, que los fieles comprenderán la belleza y significado que esta colecta tiene.

La expresión de nuestro amor filial, es signo de nuestra unión con Roma, el ardiente deseo de decirle al Papa cuánto lo amamos, es medio eficaz de poder vivir el gran misterio de la Iglesia: Una, Santa, Católica y Apostólica.

A través de las ondas nos sentiremos aún más unidos con la Sede Romana, con Pedro, que habla por boca de Pío XII, con Cristo, que por su Vicario continúa en los siglos su obra redentora.

Y cuando la nueva radio, ofrenda del amor y de la fidelidad, nos haga oír la voz augusta, cada uno podrá pensar que en esas palabras que resueñan por el mundo hay algo de nuestro sacrificio y de nuestra generosidad.

---

(1) *D. M.*, p. 3. Este artículo fue precedido por otro breve, preparatorio, no publicado en *D. M.* Título original: *Por el Papa.*

LA ADHESION AL SUMO PONTIFICE: EL DIA DEL PAPA (1)  
(29 - VI - 1951)

Amados hijos:

Mañana, 29 de junio, Festividad de los Stos. Apóstoles Pedro y Pablo, la Iglesia celebra "el día del Papa".

Esta fecha nos recuerda en primer lugar, lo que el Papa es en la Iglesia.

Cristo, al constituir la Iglesia sobre los Apóstoles y sus sucesores, los Obispos, puso a su cabeza al Apóstol Pedro y a sus continuadores en la silla de Roma. Desde ese instante, y por divina institución, el Romano Pontífice tiene el Primado entre todos los Obispos del mundo, así como Pedro lo tuvo sobre los Apóstoles. Como la Constitución *Pastor Aeternus* del Concilio Vaticano enseña, Pedro vive, gobierna y juzga siempre en la persona de sus sucesores. El es el fundamento de la Iglesia, el Vicario de Cristo en la tierra. El gobierna a todos los Obispos y fieles del mundo y tiene sobre ellos potestad directa e inmediata. El tiene la plenitud del poder doctrinal y es en consecuencia, el Doctor infalible en materias de fe y de costumbres. El es el Pastor Supremo y como tal tiene igualmente la plenitud del poder y la jurisdicción.

Ser católico es pertenecer a la Iglesia de Cristo. Y esa Iglesia reposa, en primer lugar, sobre el Papa.

Le debemos, amados fieles, obediencia. No sólo en aquellas materias en que habla como Doctor Supremo, sino en el recuerdo de la doctrina que constantemente nos da. Obedecer al Papa es seguir dócil y fielmente sus indicaciones; apartándonos de los peligros que nos señala, cumplir las normas que nos indica, ejecutar las disposiciones que nos recomienda. Es en esa doctrina y norma fielmente seguidas donde encontraremos la solución a nuestros problemas en la tierra y el camino de nuestra eterna dicha en el cielo.

Debemos, en segundo lugar, sentir con el Papa. Sus angustias y dolores han de ser nuestros, así como lo son sus anhelos, esperanzas y proyectos. El corazón del Papa abarca todas las inquietudes y angustias de la humanidad. Nosotros, como hijos fieles hemos de participar de ellas.

Debemos, en tercer lugar, orar por el Papa. Por nuestro actual Pontífice, S. S. Pío XII, a fin de que el Señor lo conserve, lo auxilie y le permita seguir adelante en la tarea de dar al mundo la paz en la justicia. Nuestra oración ardiente y filial, por "el dulce Cristo en la tierra", ha de ser la ofren-

---

(1) Título original: *El día del Papa*.

da espiritual que mañana ofrezcamos a quien con razón llamamos Padre Común, Padre Sto., Padre de toda la Cristiandad.

Por último, amados hijos, debemos al Sto. Padre nuestra ayuda material. Mañana, en todos los templos, la colecta conocida con el nombre "Obolo de S. Pedro", se destina a ayudar al Sumo Pontífice en sus múltiples necesidades. El "Obolo de S. Pedro" es un acto de fe y de amor hacia el Papa, es un acto de amor a toda la cristiandad. Lo que el Papa recibe lo distribuye de inmediato para todas las necesidades del mundo. Tenemos entre nosotros, casos recientes. A las pocas horas de la inundación sufrida en Talca, la Nunciatura Apostólica nos hace llegar en nombre del Papa su generosa ayuda para los damnificados. El Obolo de S. Pedro es la expresión práctica de esa comunidad espiritual que hace que los católicos se sientan unidos en torno al Padre Común.

Yo os pido, amados fieles, sepáis ser generosos y con vuestro óbolo expresar la parte que tomáis en las preocupaciones, obras y necesidades del Padre Santo.

Venimos en determinar lo siguiente:

I. En todas las parroquias de la diócesis se celebrará con especial solemnidad el Día del Papa, invitándose a los fieles a una fervorosa comunión por Su Santidad.

II. Los párrocos y rectores de la Iglesia, exhortarán a los fieles a contribuir con generosidad al "Obolo de San Pedro".

III. Los colegios y escuelas católicas, organizarán en la próxima semana un acto especial en honor de Su Santidad.

IV. En la ciudad de Talca, oficiaremos una misa a las 11.30 A. M., en la Catedral, por las intenciones de S. S. Invitamos a todos los fieles a unirse a ella, y si es posible, recibir en ella la Sagrada Comunión.

—:::—

#### LA ADHESION AL SUMO PONTIFICE: ANTE VIAJE A ROMA (1) (16 - X - 1958)

Su Santidad Pío XII, de recordada memoria, convocó al CELAM a reunirse en Roma.

En mi doble calidad de delegado de Chile y vicepresidente de esta institución debo partir en estos días cumpliendo la citación recibida.

---

(1) *D. M.*, p. 3. Título original: *Palabras de despedida del Excmo. Sr. Obispo Diocesano.*

Aprovecharé, además, la ocasión, para cumplir con mi deber de la "visita ad limina Apostolorum" (2) a la Santa Sede, que jurídicamente hemos de hacer los obispos.

Aunque mi viaje, espero en días será corto, quiero antes de partir enviar a mis amados diocesanos, clero y comunidades religiosas, mis más afectuosos saludos de despedida pidiéndoles me encomienden en sus oraciones al Señor.

Junto a la Sede de Pedro y en los momentos en que ese nuevo Pontífice entrará a dirigir los destinos de la Iglesia, pediré de un modo especial por que la diócesis se mantenga siempre en íntima unión de afecto y sumisión al Vicario de Cristo en la tierra, el Romano Pontífice.

La fuerza de la Iglesia está en la fiel adhesión a sus legítimos Pastores, el Papa y los Obispos, constituidos por Dios para guiarla y conducirla.

En mi ausencia quedarán a cargo del gobierno, el Excmo. señor Obispo Auxiliar Mons. Bernardino Piñera y el Illmo. señor Vicario Mons. Ricardo Castro.

Confiando en vuestras plegarias y asegurándoles mi afectivo y paternal recuerdo en cada momento os bendice de corazón, vuestro Obispo y amigo.

---

(2) Según las disposiciones canónicas los obispos diocesanos tienen el deber de concurrir cada cierto número de años a Roma a concretar su comunión con el Papa, dando cuenta del estado de su diócesis y venerando la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo.



LA GENEROSIDAD DEL CRISTIANO: "HILAREM DATOREM" (1)  
(26 - IX - 1936)

Dios ama al que da con alegría (2), escribía Pablo a los Colosenses. La mirada divina centellea con resplandores de dulzura infinita cuando del fondo de una donación, tanto más dolorosa cuando más completa, siente elevarse el canto alegre de la víctima que se inmola.

Sobre la arena del circo romano, alzadas las manos, puesta en las alturas del cielo la vista, sintiendo aletear sobre sus cabezas las alas de los ángeles que traían las palmas del triunfo, los mártires cantaban. Y era su canto a un tiempo recogido y doloroso; el himno del que muere por un ideal invencible. Son las almas que dan con alegría. Apóstol; tú eres por excelencia el hombre de la donación, "segragatus", separado, con alegría, porque Dios ama a los que así se le entregan.

Amarás la alegría como un don que el Señor hace a tu alma, y mirarás en ella un camino que conduce sin tropiezo hacia Dios, el divino amor.

Será tu alegría, pura cual fue la de los ángeles que cantares de júbilo entonaban en las alturas de Belén el himno incomparable de la alegría cristiana; recogida como son todos los goces puros del alma; constante como la sonora risa del arroyuelo que entre las peñas y el follaje murmura siempre su cantar escondido; amable como esa dulzura suave que es transparencia de la caridad que arde en el pecho; severa y grave con ese perfecto equilibrio que denote la paz honda de tu espíritu.

¿Has pensado alguna vez, en la alegría de Jesús? Sí; Jesús el varón de dolores, poseía esa alegría que nace de la conciencia de la voluntad divina perfectamente cumplida; más aún, El vino a santificar esa alegría, a darle su primitivo valor, a restituirla en su pureza primera, corrompida por la carcajada brutal del pagano, la alegría sensual del epicúreo o la rigidez farisaica del rabino. Jesús vino a establecer en el mundo la alegría cristiana, flor sublime que tiene sus raíces, aunque parezca paradaja, en el dolor, del cual es su más bella corona, del cual saca su solidez y al cual imprime ese rayo que sólo brilla en las frentes cristianas y se llama: la Esperanza.

Piensa, que la capacidad del alma humana para el bien es inmensa, y que con tu alegría puedes hacer resucitar el alma de un hermano, que viendo en ella una nota celestial, casi involuntariamente levantará también su vista al cielo ¿y quién no es feliz después de mirar al cielo?

---

(1) *Revista Católica*, p. 266 - 267. Título original: *Hibarem Datorem*. Tr.: "al que da con alegría".

(2) *Co.* 9, 11 (la cita no es de Colosenses).

La edad más bella de la vida es la niñez porque es la edad de la alegría pura y serena ¿recuerdas esos años? ¿Recuerdas el beso de Jesús sobre las rubias cabezas de los pequeñitos? ¿recuerdas que sólo empequeñeciéndose como ellos, es decir, haciéndose simplemente alegres como ellos, dijo Jesús que se podía penetrar en su reino?

Ve, pues, por el mundo, alegre, armado de esa santa alegría que es fruto de la paz del alma; serás así consuelo en el dolor de tu hermano, será tu vida senda de luz que te conducirá hacia la altura, será tu muerte el preludio de una sonrisa eterna, que Dios recogerá.

Apóstol, que has consagrado tu vida al triunfo de un ideal sublime, muestra en tu faz sonriente que el luchar y sufrir por él te hace dichoso.

La existencia vacía del mundano sólo produce un engañoso rictus, mezcla de decepción y de hastío. La sonrisa verdadera sólo florece en la faz del que trabaja y vive por una causa santa.

“Dios ama al que da con alegría” (3).

Cuando con los ignorantes rompes el pan de tu doctrina, resplandezca en tu rostro algo de esa alegría divina que iluminaba al Maestro en la inefable fracción de la última Cena.

Cuando tu palabra consuela al hermano que llora, sea ella un eco del “alegraos y regocijaos” que Jesús, como bálsamo, aplicaba a los afligidos y desgraciados.

Cuando como única pega a tus trabajos y desvelos sientas que la ingratitude muerde en tu carne, cuando la incomprensión, el olvido, la envidia claven en tí su garra, cuando en medio de la noche el “innimicus homo” siembre cizaña en tu sembrado, cuando, en fin, el mundo te honre con su desprecio, oh, entonces, Apóstol, tiembla de santo gozo sintiendo a tu oído la voz armoniosa del “Poverello” que extático se repite: Hermano: ésta es la completa, “la perfetta letizia” (4).

La voz de Pablo de Tarso te recuerda: “Hermanos, alegraos en el Señor, de nuevo os digo, alegraos” (5), porque “Dios ama al que da con alegría”.

---

(3) *Si.* 35, 11.

(4) tr.: “la perfecta alegría”.

(5) *Flp.* 4, 4.



*Claridad y franqueza, de quien tiene conciencia viva de su misión. . .*



*Brasero casero, que contribuía al "calor" de hogar de la residencia del Obispo. (Actualmente se encuentra en la Casa de Ejercicios de Talca).*

LA CARIDAD DEL CRISTIANO CON LOS POBRES:  
EL CRUCIFIJO LUMINOSO (1)  
(13 - VII - 1950)

Les ruego que me excusen. Comprendo que puedo parecer inoportuno. Casi siempre mis artículos son para pedir y esto a la larga resulta molesto.

Pero no puedo callar sin que mi conciencia grite.

No voy a hablar de la Catedral de Talca, sino de algo aún mucho más importante: *de los pobres de Talca*. La Catedral es el templo de Dios, los hombres y especialmente, los pobres, son aún templos vivientes.

Hace dos días llegó al Obispado un hombre a pedir limosna. Llegan tantos. Pero éste era diverso a otros. Demacrado, color cetrino, vestido pobre, pero limpio en su miseria. Me contó su caso. Tuberculoso, hace dos años que ya no puede trabajar. Casado y con dos hijos. La mujer trabaja en... (mejor no digo dónde) y gana... doscientos pesos mensuales.

No pedía limosna. Contaba su caso con tal expresión que yo no dudé de su veracidad.

Me dejó su dirección.

Ayer fui a verlo en compañía del párroco a quien corresponde ese barrio. Recorrimos a pie esa población. No se podía hacer de otro modo. A pesar de estar habituados a visitar esos barrios, ese sector me impresionó profundamente. Ahí vive nuestro pueblo. Perdónenme, pero a fuerza de ser sincero debo decir, ahí se consume nuestro pueblo.

Después de muchas preguntas y dar vueltas, nadie conocía al hombre que buscaba, tres chiquillos listos me trajeron el dato dónde "vivía". Confieso; tuve que vencerme para no echarme a llorar. En una pieza de dos metros por dos (no exagero) había dos niños, una niña de nueve años y un chico precioso de dos. Un poco de carbón encendido en el suelo, tres "pilchas" (tampoco exagero) colgando de unos clavos y por lecho para los cuatro... un poco de aserrín sobre el suelo húmedo y nada más.

Digo mal, había "algo más". Cuando me retiraba con vergüenza de cristiano y de chileno en el rostro y con lágrimas en los ojos, el hombre dijo a su chica: Muéstrales al "Dueño de casa" y la chica desclavó de la pared un pequeño crucifijo; "es luminoso", me añadió, con una sonrisa de inmensa satisfacción. Era lo único que poseían.

Sí; es luminoso, pensé. Pero no con fosforescencia de una sustancia química, sino con una luz más íntima. En las terribles noches de invierno el pobre tuberculoso botado sobre el aserrín, con su mujer y sus hijitos,

---

(1) D.M., p. 3. Título original: *El crucifijo luminoso*.

sentía su luz invisible y sin conocer los versos de Víctor Hugo al Crucifijo los vivía:

“Los que sufrís, venid a este Dios, porque El sufrió. Los que lloráis venid a este Dios porque El llora”

Y también para mí ha sido luminoso. Hace ya tiempo que yo veía la necesidad de promover un nuevo movimiento en Talca. La pobreza aumenta en forma aterradora. Es miseria negra en muchos casos. No bajan de seis los casos que diariamente debo asistir y cada uno es realmente terrible.

Yo no voy a caer en la fácil tarea de echarle a otros la culpa. Cuesta poco hacer un discurso demagógico. Yo quiero otra cosa: que todos y yo incluso, nos culpemos.

No hay derecho para que esto suceda.

No es posible reír y divertirse mientras tantas lágrimas amargas se vierten.

La miseria está golpeando la puerta de los pobres de Talca. Lo sé porque Dios me concede diariamente dos gracias: tenerlo en mis manos en la misa y atenderlo en los pobres que me envía.

Ni la misa, ni el pobre me faltan, a Dios gracias, cada día.

Pero, repito, esto no puede seguir así. Y sin saber cómo ni con qué, ni con quiénes, yo he resuelto fundar hoy la obra del “*Fraterno auxilio cristiano*” (F. A. C.).

Su fin, muy simple: aliviar esta miseria.

Sus socios: todo el que tenga corazón.

Fraterno Auxilio Cristiano. Las iniciales de estas tres palabras, forman una cuarta F. A. C. que en latín es el imperativo del verbo hacer: *haz*.

Esta será la obra que hoy nace. Pocas reuniones, menos acuerdos, ningún discurso y mucha acción caritativa.

Yo cito por estas líneas, a todo el que haya comprendido este llamado, a una reunión el próximo sábado quince a las tres de la tarde en la Casa de la Acción Católica, frente al Obispado.

No hay citas personales.

El que oiga la voz de la miseria que llama y de la conciencia que grita, dese por citado.

No había nada en la pieza del tuberculoso. Ni una mísera payasa. Sólo sobre el barro negro de la muralla y revenida, “el Dueño de Casa”, el crucifijo luminoso.

Cristo llegó a mi casa en ese pobre.

Su sonrisa dulce y dolorida la tengo gravada en mi retina.

Su frase diáfana me sigue resonando: “muéstrale al dueño de casa”.

Y veo en la noche el egoísmo que nos rodea, el Crucifijo luminoso del tugurio de la 10 Oriente.

El iluminará el Fraterno Auxilio Cristiano que hoy nace.

## LA CARIDAD DEL CRISTIANO Y LA CRISIS MORAL (1) (1959)

El llamado de penitencia de la Iglesia ha vuelto de nuevo a resonar. Una vez más hemos escuchado la perenne lección de la fugacidad de la vida terrena: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo has de convertirte" (2), y con él, la invitación a combatir "como buen soldado de Cristo Jesús" la lucha del propio vencimiento.

Nos hallamos en la Cuaresma, "el tiempo oportuno" para la meditación y reforma de nuestras vidas. Es ésta una época en la cual los pastores debemos adoctrinar especialmente a los fieles e instarlos a una vida más perfecta.

En cumplimiento a esas apremiantes invitaciones de la Iglesia voy a hablaros. Y lo haré sobre un tema que mi conciencia pastoral me obliga a tratar con toda precisión y firmeza; *la crisis moral* que sufrimos, sus consecuencias, sus causas y remedios.

Procuraré, dentro de lo vasto del tema, ser breve. Deberé ser claro. Podrán a veces mis palabras pareceros duras. No las juzguéis, sin embargo, así. Es el amor a la verdad y a vuestro bien lo que las dicta. Es el sentido de mi deber el que me fuerza. Las Sagradas Escrituras maldicen al Pastor que calla cuando debe hablar.

### I. EL ORDEN MORAL

Comencemos por recordar en forma sumaria algunas verdades.

Quienes aceptan la existencia de Dios, deben reconocerlo como Legislador y Ordenador supremo del universo que El mismo ha creado.

De igual modo que las leyes físicas y químicas rigen fatalmente el movimiento y reacciones de los cuerpos inanimados, así también una ley de libertad y amor rige las acciones voluntarias de los hombres.

Dios ha dado al hombre un conjunto de preceptos y normas para servir de regla a nuestra vida y no dejarla sometida al capricho de la imaginación o a la tiranía de las pasiones durante nuestra estancia en la tierra.

---

(1) Santiago: Edic. Paulinas, 100 páginas. Este libro, publicado en 1959, incluye una pastoral del 2-III-1952, que publicamos con el título original: *Crisis moral y Caridad*.

(2) Gn. 3, 19.

Es la ley moral. Dios la grabó en el corazón del hombre al crearlo. Es lo que llamamos ley natural. Sus máximas fundamentales se condensan en este doble precepto: "Haz el bien y evita el mal". Más tarde, en el curso de la historia humana, Dios promulgó esa misma ley por medio de Moisés. Es lo que llamamos el Decálogo o los Diez Mandamientos. Por último, Cristo llevó esa misma ley a su perfección mostrándole, como fundamento y cumbre, el amor. Es lo que llamamos la Moral Cristiana. De este modo se ve claramente que la Ley Natural, el Decálogo y la Moral Cristiana no son tres leyes diversas, sino el desarrollo y perfeccionamiento de un mismo orden querido y fijado por Dios. La Iglesia, al enseñar y urgir el cumplimiento de la ley moral, no hace sino aplicar estas normas divinas a los casos concretos y particulares de la vida humana. El Papa y los Obispos no inventan prescripciones o prohibiciones de orden moral, sino que juzgan si los diversos problemas o teorías se ajustan o no a las leyes de la moral divina.

Las cosas no son buenas o males porque el Papa y los Obispos lo digan, sino al contrario, el Papa y los Obispos las prohíben o mandan según que las cosas sean o no conformes a la ley moral.

El hombre, por medio de la razón, conoce el Ser y las relaciones entre los seres. Por medio de la voluntad actúa según el orden que la razón le ha señalado. Cuando así obra, hace el bien. Cuando obra en sentido contrario comete el mal. Esta es la regla que discierne lo lícito de lo ilícito, lo justo de lo injusto, lo honesto de lo deshonesto, la moralidad o la inmoralidad de una acción. Santo Tomás resume esta regla en forma precisa: "Obra de manera que tu acto sea según la recta razón".

De este modo podemos concluir diciendo: el hombre debe gobernar sus acciones según una ley moral que no es creada por él mismo, sino establecida sobre el orden de los seres, conocido por la razón y actuado por la voluntad libre.

Los que dicen: "tengo mi moral", dicen un error. No existe "mi moral", sino "la moral". Los que afirman: "la moral cambia", afirman otro error. La moral, en sus principios fundamentales, no cambia, porque se funda en la Verdad.

"Una acción es en sí buena cuando responde al orden de la recta razón; es en sí mala, cuando prácticamente no reconoce este mismo orden. Decir *bien* es decir: obrar según la razón; decir *mal* es decir irracional. El bien es el respeto del orden externo; el mal es el desorden. No son la Iglesia, ni el Estado, ni los individuos los que crean la moral y sus principios".

Ellos la reconocen, la enseñan, la urgen. La moral reposa en el orden querido y establecido por Dios.

De esta manera la moral cristiana tiene un fundamento racional, pero añade algo más: el precepto del amor enseñado por Jesucristo, y la fuerza de la Gracia para cumplir sus prescripciones. Su base es el deber, su expresión es el respeto, su coronación es el amor. No es ley de esclavitud sino de libertad. No es de temor, sino de Caridad. No tiene tan sólo un aspecto negativo: huir del mal, sino uno eminentemente positivo: hacer el bien. Es ley universal. Abraza todos los deberes, religiosos, económicos y cívicos. Conviene a todos los pueblos y razas. Alcanza a todos los tiempos.

Su imperio significa la prosperidad espiritual y material. Su olvido, la ruina y la desgracia. La transgresión de la ley moral, no sólo es una falta contra Dios, un pecado, sino que un acto contra nuestra propia naturaleza, contra el orden social verdadero, contra el conjunto de la vida humana.

## II. LA CRISIS MORAL

Ahora bien, y éste es el segundo punto que deseo establecer; nos hallamos frente a una honda y grave crisis moral. Negarla o desconocer su extensión, sería cerrar los ojos a la evidencia. Abarca todos los sectores sociales y todas las edades. Se extiende al campo de las costumbres privadas y públicas, al de la familia, la educación, la vida económica, cívica y nacional.

Esta crisis moral tiene dos características que la agravan. Primera, no se le da la debida importancia.

Todos los problemas preocupan a la opinión pública. La crisis moral, no. Vemos como la conciencia se pisotea, el honor se olvida, la familia se desintegra, la juventud se corrompe, las costumbres decaen, el envilecimiento cunde, y, sin embargo, nadie se inquieta ni afana con estos signos inequívocos de disolución social. Hay aún algo peor; no sólo esta crisis no preocupa, sino que en el fondo se trata de justificarla. En cambio, el que se opone y critica estos desenfrenos es una persona que no se ha puesto a tono con las exigencias modernas y para el cual van las críticas que debieran ir hacia el que desvergonzadamente viola la ley moral.

Pero hay una segunda característica que con franqueza y dolor no podemos callar; esta crisis moral abarca a grandes sectores católicos, que, aceptando en principio las enseñanzas del Evangelio, niegan en la práctica de su vida sus consecuencias. Desconocer este hecho o tratar de disminuirlo sería o hipocresía o ceguera. Precisamente, la gravedad de la crisis moral está aquí; en la debilidad de las defensas espirituales. La sociedad humana, como los organismos físicos, puede resistir la infección si sus defensas vitales se mantienen. En el momento en que éstas fallan, la crisis fatal sobreviene.

No es tanto el paganismo de los ateos lo que en este problema aflige, cuanto el paganismo práctico de los cristianos.

Creer en Dios y no aceptar su ley es el peor de los ultrajes. Proclamarse discípulo de Cristo y pisotear sus preceptos es la más infame de las comedias.

Los *signos* de esa crisis moral, pueden resumirse en tres: ansia loca de placer, codicia inmoderada de los bienes terrestres e independencia de la ley moral.

No vamos aquí a entrar en detalles. Nos alargariamos innecesariamente. Basta con repetir las palabras del Evangelio: "El que tenga oídos para escuchar, oiga".

### 1) *Signos de crisis*

Los signos de nuestra crisis moral son por desgracia demasiado evidentes. Sin embargo, señalemos sus manifestaciones principales.

a) *Ansia de placer*

El primer signo es el *ansia loca de placer* que atormenta a nuestro tiempo.

La civilización actual ha perdido el sentido de la finalidad humana. El bienestar material, que, debidamente empleado puede ser un medio de progreso se ha convertido en objetivo supremo de la existencia. Tal como en el paganismo antiguo, las fórmulas que hoy orientan la existencia son el "gozar", "pasarlo bien", "divertirse". El primer mito de nuestro tiempo es el del placer erigido como divinidad suprema. Las palabras deber, austeridad, vencimiento, suenan desagradables en los oídos de nuestra generación.

Y así, mientras se habla de "defensa de la civilización cristiana" se pisoten públicamente los principios fundamentales del Cristianismo.

No juguemos con las frases. La civilización cristiana es la que se inspira en el Evangelio. Y el Evangelio se sintetiza en las Bienaventuranzas, que son precisamente la antítesis de lo que el mundo actual proclama:

**"Bienaventurados los pobres, los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los puros de corazón, los que tienen hambre y sed de justicia" (3).**

La palabra de Cristo es tajante y precisa: "Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos" (4) y los mandamientos, no lo olvidemos, son la expresión clara de la moral cristiana.

Cuando el placer se erige como ley suprema de la vida, la sensualidad vence a la voluntad y a la razón. Es el espectáculo que ahora contemplamos.

Trazar el cuadro de nuestra decadencia moral en el campo de las costumbres, no es fácil ni breve. Pero ahí están al menos los signos, que, como al trágico inglés, hacen exclamar: "Algo huele a podrido en Dinamarca".

La complicidad en aprobar o justificar actitudes que ofenden los principios fundamentales de la moral de Cristo, ¿no son signos claros de la podredumbre moral que nos corroe?

¿No es signo de paganismo la ceguera culpable de los padres que apartan a sus hijos de todo sacrificio o deber y olvidan que la condición fundamental del cristianismo es "negarse a sí mismo, cargar la cruz y seguir a Jesús"? (5).

¿Es exagerado hablar de crisis moral cuando se contempla como uno de sus signos más destacados la inconciencia de tantos padres católicos frente a la educación moral de sus hijos? Signo de esa corrupción es el escándalo que la niñez recibe de la prensa, en sus avisos inmorales, en sus narraciones sensacionales de crimen, en sus grabados que con frecuencia ofenden las más elementales normas de decencia. Y lo que es peor, no pocos de esos periódicos o revistas, mezclan en híbrida unión esos grabados pornográficos con artículos o estampas religiosas olvidando que no hay armonía posible entre Cristo y Belial.

---

(3) Mt. 5, 3 y ss.

(4) Lc. 18, 18, etc.

(5) Mt. 16, 24.

Cuando se siente amenazado el orden social se dictan leyes y se toman medidas en su defensa; ¿qué ley defiende la inocencia de los niños y los ideales sanos de la juventud? ¿Qué medida se toma para detener la inmoralidad de los espectáculos, la exhibición, aun en hogares católicos, de calendarios indecentes que comerciantes sin conciencia distribuyen, los grabados y avisos inmorales de la prensa, aun de aquellos que en sus mismas páginas condenan la inmoralidad que en las páginas siguientes propagan? Y no se culpe de esto solamente a los poderes públicos. Hay la complicidad del silencio, de la tácita aceptación de gran número de católicos, que por cobardía unos, por comodidad los más, y por agrado no pocos, dejan que el mal siga su curso, sin medir el abismo fatal a que nos conduce.

Estos signos de crisis moral que se advierten en la vida individual, aparecen, y con igual gravedad, en la familia. Bastaría señalar el número grande de uniones ilegítimas que, fuera de toda unión religiosa, viven en público concubinato. El porcentaje de hijos naturales, que en algunos sitios sube de un 35 por ciento, ¿no es, acaso, otro signo terrible de la crisis moral, que destruye la familia? Y si de estos dos signos de decadencia pasamos al otro no menos grave de las llamadas disoluciones matrimoniales, logradas la mayor parte por perjurio y en fraude de la ley, ¿podrá acusarse de exageración el decir que la crisis moral es de una hondura y trascendencia aterradoras?

Y, nótese una cosa, que tampoco podemos silenciar, la mayor parte de estas disoluciones son hechas por personas de cierta educación y cultura; añádase aún, que muchas de ellas se profesan católicas y reciben las mismas consideraciones sociales que los esposos que saben mantener la honra y dignidad de su matrimonio cristiano.

Es curioso; en ciertos sectores sociales se mira con profundo temor cualquiera reforma en el orden económico y se habla que eso hace peligrar, según dicen, "el orden social". Entendámonos. Los que minan, socavan y destruyen el orden social verdadero son los que atentan contra la base fundamental de él que es la familia, y los que por cobardía o complacencia aceptan, y tácitamente aprueban esa situación. Ahí están los más terribles destructores del verdadero orden social. Al señalar estos signos crecientes de nuestra decadencia moral; ¿cómo podríamos no mencionar siquiera el terrible flagelo de la embriaguez, que cada día se extiende más en todas las clases sociales? Nadie puede ignorar sus perniciosos efectos en la vida moral psicológica, ni sus desastrosas consecuencias en el desarrollo de la raza, ni su influencia decisiva en el campo de la criminalidad. Sin embargo, el vicio funesto del alcohol avanza implacable consumiendo las mejores energías morales y físicas de nuestra patria.

Amados hijos, tenemos que hablar claro. Los tiempos no son para frases vagas. "De Dios nadie se burla". Y aunque la expresión hiera la epidermis excesivamente delicada de nuestros falsos católicos, hay que seguir repitiendo la palabra eterna del Espíritu Santo que por San Pablo nos dice: "No os engaños. Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros... poseerán el Reino de Dios" (6).

## b) *Codicia de los bienes terrenos*

Junto a la sensualidad en el vivir, una segunda nota viene a caracterizar el paganismo moderno; la codicia immoderada de los bienes terrenos.

Vivimos las terribles consecuencias de una economía sin alma. El siglo pasado proclamó entre sus postulados que la economía se regía sólo por leyes económicas. Una fórmula brutal sintetiza esta concepción: "Los negocios son los negocios". La ley moral no tiene en él cabida. El concepto cristiano de la economía centrado en el hombre y en lo humano, fue borrado y sustituido, en cambio, por el concepto pagano que considera a la economía regida solamente por el libre juego de las leyes económicas, donde el trabajo y su retribución se miran como una simple mercancía, y donde el fin de la producción se coloca en el lucro y no en la satisfacción de las necesidades del hombre.

La concepción materialista de la economía ha hecho que en el mundo moderno se levante un segundo mito: el dinero.

Si el fin de la vida, dice, es el placer, y si el placer se compra con el oro, si la felicidad está en poseer sin tasa, la conclusión es lógica: orientar la vida hacia la mayor adquisición de bienes materiales. Y tenemos así la segunda característica del paganismo actual.

Sus signos son múltiples.

En primer lugar, la codicia de los bienes terrestres. Dice la Sagrada Biblia, que "la raíz de todos los males es la codicia". Es lo que ahora vemos. Con tal de poseer, todo se sacrifica. Se han olvidado por muchos cristianos las claras enseñanzas del Evangelio sobre las riquezas. Las riquezas no dan la felicidad: "Bienaventurados los pobres" (7). Las riquezas deben ser bien adquiridas: "Ay de vosotros, ricos" (8).

Las riquezas deben ser bien empleadas; la propiedad tiene una doble función: individual y social. Un orden cristiano en lo social es aquel donde las enseñanzas de S. S. Pío XII se realizan cuando dice:

"que los bienes creados por Dios deben llegar con equidad a todos según los principios de la Justicia y de la Caridad".

Esa codicia immoderada lleva a la inmoralidad en los negocios, a la usura, a la especulación.

No podemos detenernos a estudiar cada uno de estos males. Pero, debemos al menos señalarlos. Cualquier actividad de orden económico cae bajo la ley moral. No es lícito enriquecerse violando esa ley. El hombre que en sus negocios obra contra la justicia, roba a su prójimo o a la colectividad.

La primera forma de enriquecimiento es la especulación, es decir, la actividad de esos hombres que sin crear nada encarecen injustamente la vida movidos únicamente del ansia de enriquecerse rápida e immoderadamente.

La especulación es grave falta moral y terrible peste nacional que debe combatirse. Cuán bien lo ha señalado y precisado S. S. Pío XI:

---

(7) *Lc.* 6, 19.

(8) *Lc.* 6, 24.

“Las fáciles ganancias, dice el Papa, que la anarquía del mercado ofrece a todos, incitan a muchos al cambio de mercaderías con el único anhelo de llegar rápidamente a la fortuna con la menor fatiga; su desenfrenada especulación hace aumentar y disminuir incesantemente a medida de su capricho y avaricia, el precio de las mercaderías para echar por tierra con sus frecuentes alternativas las previsiones de los fabricantes prudentes” (9).

Oigamos las claras palabras de S. S. Pío XII para condenar a los que así abusan del hambre de sus hermanos. Llama “nuevos Caínes” a los que se enriquecen en el mercado negro.

“Nuevos Caínes, que en la inmensa calamidad en que hoy ha caído la familia humana, no ven más que una ocasión propicia para enriquecerse deshonestamente, explotando la necesidad y miseria de sus hermanos, alzando indefinidamente los precios para procurarse ganancias escandalosas”.

“Mirad sus manos; están manchadas con sangre, con la sangre de las viudas y de los huérfanos, con la sangre de los niños y de los adolescentes, imposibilitados, retrasados en su desarrollo por la desnutrición y el hambre; con la sangre de mil y mil desgraciados de todas las clases del pueblo, de las que se han hecho verdugos con su innoble mercado”. “Esta sangre, como la de Abel, clama al cielo contra los nuevos Caínes; sobre sus manos queda la mancha ineludible, como en el fondo de sus conciencias queda imperdonable el delito, hasta que lo hayan reconocido, llorado, expiado y resarcido en la medida en que se puede reparar un mal tan grande”.

La voz del Papa es clara y precisa. Las conclusiones que se sacan de sus palabras también lo son.

El especulador carga sobre su conciencia el crimen de haberse enriquecido con el hambre de los débiles. Junto a la especulación existen otros males provenientes todos de esa ansia loca de riquezas y de goces que está carcomiendo nuestra nacionalidad y que creo también de mi deber el indicar al haceros este llamado a la sobriedad y austeridad de vida. Ellos son, por no enumerar sino los principales: el lujo, el juego, la bebida, la usura.

El lujo que multiplica las exigencias innecesarias de la vida y lanza a gastos superiores a la capacidad económica de las familias, lleva a buscar numerosos objetos suntuarios en el extranjero, con detrimento de la economía nacional, aleja de aquella vida moderada, sobria y sencilla, característica de nuestra raza y en una fiebre loca de lucir, compromete el porvenir de los hijos y la solidez del hogar.

El juego, que en forma creciente va invadiendo nuestras costumbres, minando las bases mismas de la patria, arrancando a la madre del deber de atender a sus hijos, llevando a deudas que honradamente no pueden satisfacerse y poniendo en los corazones la sed febril de ganancia fácil que es el más grande y activo corrosivo al trabajo cristianamente considerado.

La bebida, vicio cada vez más extendido en todas las clases sociales, y que aparte de sus perniciosos efectos en la vida moral y fisiológica, de sus

---

(9) S. S. Pío XI: *Quadragesimo Anno*.

consecuencias desastrosas en el desarrollo de la raza, de su influencia decisiva en la criminalidad, significa en el aspecto económico, pérdidas mayores que las que representan los peores cataclismos físicos.

“La voz usura, gravemente condenada por sentencia de la Iglesia, sigue

siempre bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos” (10).

El cristiano debe ver en los bienes de la tierra solamente un medio para adquirir los eternos.

No sólo las leyes civiles y penales debieran condenar la usura, como lo hacen, sino también la sanción social del repudio de los hombres honrados para los que así adquieren ganancias indebidas, alcanzadas generalmente aprovechando las angustias y estrecheces económicas.

El mito del placer y del dinero erigidos como valores supremos de la vida, tienen, tarde o temprano que producir sus desastrosos frutos.

¡Caveant Cónsules! Era el grito de alarma en el Imperio Romano. Es el mismo que ahora repetimos. Vigilen, atiendan, cuiden, todos los que por cualquier causa influyen en las costumbres públicas y privadas. Estos pecados contra la justicia, la equidad y el bien común, sumados a los desbordamientos del placer, no quedan jamás impunes. La historia está ahí con sus lecciones vivas para probarlo. Un pueblo donde la deshonestidad en los negocios, la especulación, la usura y el juego se asientan, una generación que piensa hallar su felicidad en el oro y el placer, una sociedad que ofrece el contraste insultante entre un lujo desbordante y una miseria negra, está cavando su propia sepultura.

Los pueblos como los edificios se derrumban cuando sus fundamentos ceden. Pero si estas palabras se dirigen a todos los hombres de conciencia recta y de inspiración sana, de un modo especial debo dirigirlas a los católicos, a los cuales directamente hablo.

Mediten su tremenda responsabilidad. La palabra evangélica es cortante: “Si la sal se disipa ¿quién salará la tierra?” (11). Las deficiencias de muchos católicos ante la crisis moral, la hacen más honda y grave. Si los que deben dar testimonio de Cristo, en vez de darlo, ofrecen el testimonio insultante de una violación de la ley moral, ¿qué esperanzas de salvación existen? Proclamarse católico, hacer ostentación de su calidad de tal cuando conviene, y dar el espectáculo de una vida contraria a la moral cristiana, tiene en lenguaje evangélico un nombre; se llama escándalo. Y para el escandaloso fueron dichas por el Supremo Maestro de Verdad estas palabras:

“Ay del mundo por el escándalo. Es necesario que venga. Sin embargo, ay del hombre por quien el escándalo viene. Más le valiera no haber nacido” (12)

Sé que más de alguno al oír estas palabras dirá: “Exageración, imprudencia”. Pongamos en cambio la mano sobre nuestra conciencia y exami-

---

(10) *Rerum Novarum*.

(11) *Mt.* 5, 13.

(12) *Mt.* 18, 7.

nemos si es o no verdadero el mal señalado y qué grado de culpabilidad allí nos cabe.

c) *Al margen de la moral*

Hemos señalado dos características del paganismo actual; ansia loca de placeres y codicia inmoderada de los bienes terrenos; nos queda una tercera: la independencia de la ley moral.

No hablo de los que niegan el Cristianismo y en consecuencia rechazan su moral, ni de los que proclaman una moral independiente del dogma basada en principios racionalistas o laicos; hablo a los católicos, que sin negar abiertamente el Decálogo aceptan, sin embargo, ideas que en la práctica lo hacen completamente ineficaz.

El primer ataque viene de los que predicán que los mandamientos no son para nuestro tiempo, porque prescriben cosas imposibles. Olvidan éstos, que los mandamientos son de todos los tiempos y razas porque reposan sobre la misma naturaleza humana. Podrá la ciencia hacer progresos admirables, podrá la técnica perfeccionar las condiciones materiales de la vida, podrán las sociedades humanas sufrir todos los cambios y evoluciones a que las cosas terrestres están sujetas, pero la ley moral que Dios ha proclamado permanece inmutable.

No es que los mandamientos no se adapten a nuestro tiempo, lo que hay es que no es posible adaptar el paganismo de nuestro tiempo a la moral eterna de Dios.

Es cosa digna de atención; cuando el hombre ha querido romper estas diez leyes que le aseguran su felicidad en la eternidad y en el tiempo, inmediatamente ha debido multiplicar el número de leyes positivas para defender la vida, la propiedad, la honra, etc. En un solo país existen diez millones de leyes y no por eso han cesado los crímenes, los robos, los atentados de todo orden. Diez millones de leyes no logran establecer un orden humano, que el simple cumplimiento de diez leyes divinas podrían procurarlo.

El segundo ataque, viene de los que se constituyen en propios jueces de sus acciones: "A mi no se me hace nada", dicen, o bien: "Yo sabré lo que hago".

Este es un modo de ver contrario a la moral cristiana. No somos nosotros los que hacemos una acción buena o mala. Es su conformidad o no con la ley de Dios lo que constituye su moralidad o no. Los que así hablan han perdido el sentido del pecado. Y esto es precisamente lo que se llama ponerse al margen de la moral. Cuando el sentido del mal se diluye, es imposible tampoco tener el concepto del bien. Cuando bien y mal pasan a ser dos palabras relativas que cada uno interpreta según su agrado, es señal inequívoca de que el hombre se ha puesto fuera de la ley moral.

### III. REMEDIOS

Quienquiera que piense serenamente tiene que considerar el abismo a que esta crisis moral nos precipita. Un autor moderno ha llamado al momen-

to actual: "la hora veinticinco". Es el cuadro en que la técnica sin alma, el mundo sin ley moral, convierten al hombre en un esclavo; los esclavos técnicos. ¿Vamos hacia esa nueva esclavitud?

¿No habrá remedio para esta crisis, se preguntarán algunos? ¿Será necesario un nuevo diluvio que purifique al mundo "en que toda carne ha corrompido su camino"?

La respuesta de Cristo resuena en su eterno optimismo: "Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, vivirá" (13).

Sí; es posible siempre que sepamos poner enérgica y plenamente los remedios.

Y de ellos voy a hablaros.

### 1) *El primero se llama intransigencia*

Sé que su nombre os sonará mal. Y, sin embargo, es necesario pronunciarlo. Pero, entendámonos. Hay una intransigencia que es dureza, terquedad, estrechez de espíritu, y de esta no hablamos. Pero, hay una intransigencia verdadera que significa solidez de convicción, firmeza de voluntad, posición definida de seguir a Cristo, y ésta es la que propugnamos. Es el "non licet", "no es permitido", de la primera generación cristiana. De una parte se ofrecen honores, riquezas, placeres; de otra se amenazaban tormentos, prisiones, martirio. Lo primero, se adquiriría si se cedía en su fe o moral. Lo segundo vendría si se permanecía en ella. Los cristianos no dudaban un instante. "Non licet" - No es permitido. Vengan los tormentos, pero permanezca intacto el patrimonio cristiano. Esta es la intransigencia que se necesita. La que en el siglo III nos dio una Inés y en el XX una María Goretti. La que en el siglo I se llamaba Ignacio de Antioquía y en el XX Cardenal Mindszenty. La que hace a una Felicitas animar a sus siete hijos al martirio y a una Blanca de Castilla decir a la criatura que tiene en sus brazos: "Te prefiero muerta, antes que manchada con un pecado".

El Evangelio es una doctrina de intransigencia con el mal y Nuestro Señor jamás permitió a nadie de transigir con éste. Ahí están sus palabras: "El reino de los ciegos padece violencia, y los que se violentan lo alcanzan" (14). No hay que ilusionarse: "Nadie puede servir a dos señores" (15), la palabra divina es aún más definida:

"Si tu ojo o tu pie te escandalizare, córtatelos... porque es preferible entrar al reino de los cielos sin ojo ni pie, que ser enviado a la hoguera del fuego" (16).

Vuestra palabra, añade Jesús, sea: sí, sí; no, no" (17). Nada de términos medios, de frases ambiguas, de cristianismos desleídos.

---

(13) *Jn.* 11, 25.

(14) *Mt.* 11, 12.

(15) *Mt.* 6, 24.

(16) *Mt.* 5, 29.

(17) *Mt.* 5, 37.

Ser cristianos es seguir a Cristo. Y a Cristo no se le sigue a medias. El cristianismo no es un rótulo para colgarse al cuello. Es una vida que penetra toda nuestra existencia. Creer que el cristianismo avanza por recursos y combinaciones humanas mientras se hace caso omiso de sus mandamientos es el más monstruoso de los errores. Con la moral cristiana no se transige.

## 2) *Recta formación de la voluntad*

El segundo remedio, es la *recta formación de la voluntad*. Mucho habría que decir sobre esto. Pero, baste por el momento una idea central.

La conciencia moral hay que formarla. Y su escuela se llama sacrificio. No hay otro camino de formación más eficaz. Para amar a Dios hay que negarse a sí mismo. Para seguir a Cristo hay que cargar la Cruz. "Tú no puedes jamás comenzar a vivir, mientras no te atrevas a morir", canta un poeta inglés. El sacrificio, en su concepto cristiano, no es la muerte por la muerte o el dolor por el dolor, sino el renunciamiento a la vida parcial y egoísta de las pasiones para alcanzar una vida más alta, más noble, más perfecta.

Hay que formar la voluntad al deber. Y esto no se logra sin sacrificio. Tomemos los autores más serios de pedagogía y ellos nos dirán que para formar el carácter se requiere indispensablemente el propio vencimiento. Tomemos la experiencia de los pueblos, y su historia nos dirá que fueron grandes mientras la austeridad de las costumbres supo poner un freno a las pasiones y que, en cambio, el proceso de su decadencia corre paralelo al de su relajamiento moral. El hombre que no es dueño de sí mismo va a su fracaso más cierto y definitivo.

Ahora bien; una pregunta tan sólo deseo formular: ¿Cómo se educa hoy a la juventud? ¿Es a la formación de su voluntad a donde se la dirige o bien al cultivo de todos sus caprichos y deseos? ¿Es en la escuela de la sobriedad o en la del desenfreno en la cual se forma hoy día? ¿Cuál es la consigna educacional que impera en tantos padres, la obediencia, la disciplina, el trabajo, el esfuerzo, o el mal entendido cariño de dejar hacer al niño lo que quiera, de no contrariarlo, de no imponerle una norma firme de vida, de dejar en cambio rienda suelta a sus caprichos e instintos?

Se dice que la disciplina destruye la personalidad. Los que así afirman, ignoran las nociones primarias de la pedagogía y de la psicología. La disciplina interna que habla a la razón, que educa la voluntad, que frena las pasiones, que dirige y encauza los sentimientos, es el gran medio de formar la personalidad. La personalidad está en razón directa del predominio en el hombre de la razón y de la voluntad al servicio de los ideales grandes que ennoblecen y dignifican la existencia.

Y, aquí, mis amados diocesanos, debo hablar en forma muy firme aunque ya anticipadamente preveo que mis palabras van a ser por más de algunos mal o torcidamente interpretadas.

Quiero referirme a los bailes sociales de la niñez y de la juventud de cortos años. Cuando se sabe que se está defendiendo el patrimonio futuro de la patria, no importan las críticas que uno puede sufrir.

La niñez y la juventud, tanto como todas las otras edades, tienen derecho a un sano esparcimiento y la Iglesia, lejos de condenarlos, aprueba y anima todas las nobles distracciones que vigorizan el cuerpo, recrean el espíritu y ponen un paréntesis de solaz en el diario trabajo.

Pero, hay distracciones, que si bien pueden aceptarse en los adultos, siempre que se realicen dentro de las normas de la moral, no pueden, por diversas razones autorizarse a los niños y jóvenes de corta edad. Hay juegos de la niñez y entretenciones puras de la adolescencia que todos recordamos con agrado y emoción. Pero, hay hoy día los bailes infantiles o de adolescentes, que no podemos mirar sino con profunda preocupación por lo que significan y representan.

No puedo, por no hacer excesivamente extensa esta carta, detenerme en este tema con la prolijidad que deseara, pero, sí deseo decir dos cosas bien precisas: primero, que desde el punto de vista psicológico y moral esos bailes son inaceptables, que desde el punto de vista pedagógico, impiden la concentración del alumno a sus estudios, y que, desde el punto de vista social, están fomentando vanidades, envidias y bajas pasiones que arruinan la formación del adolescente en época especialmente difícil de su vida. Así va creándose una generación frívola y ligera, que jamás podrá afrontar plenamente sus responsabilidades sociales. Y, segundo, que invitamos a los padres y maestros a meditar seriamente para ver si su tolerancia cuando no su iniciativa, ante estos bailes, corresponde a los gravísimos deberes que como educadores de sus hijos y alumnos tienen para con ellos.

Formemos una niñez lozana y alegre, una juventud fuerte en el bien e idealista, demos a sus cuerpos y espíritus el cultivo adecuado que merecen y no marchitemos en flor las más bellas esperanzas de la Patria.

Sobre la tumba de una joven de la decadencia romana, se grabó como epitafio la frase que condensaba su vida: "Bailó dos veces y gustó". Sobre las tumbas materiales o morales de una porción de juventud moderna sólo puede grabarse el mismo epitafio: "bailó y gustó". Es el compendio de sus existencias vacías.

### 3) *Ejercicio de la piedad cristiana*

El tercer remedio que deseo señalar, y que debiera haber sido el primero, es el *ejercicio de la piedad cristiana*.

A los que me dicen: "La moral cristiana manda cosas imposibles", yo les respondo: Imposibles, sí, sin la ayuda de la Gracia. Posibles, con el auxilio sobrenatural que Cristo nos ofrece.

Predicar la pureza, el vencimiento, la pobreza, en un tiempo en que todo habla de lo contrario, parece absurdo, y sin embargo es la única palabra cristiana que puede pronunciarse. Pero esto necesita de la fuerza de la Gracia que los Sacramentos nos transmiten y que la oración fortifica.

"Sin Mí nada podéis hacer" (18), dice el Señor. "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (19), añade el Apóstol.

---

(18) Jn. 15, 5.

(19) Flp. 4, 13.

La vida de la Gracia da al cristiano su verdadera potencia. El estado de Gracia no es algo circunstancial en el cristiano. Hay que vivir en Gracia.

Cuando S. Pablo nos muestra las luchas que debe sostener se pregunta: "Oh hombre infeliz, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?". Y la respuesta inmediata es: "La Gracia de Dios por Jesucristo" (20).

Hay muchos católicos que piensan que una cierta práctica externa, la asistencia a ciertos actos del culto, una oración dicha muchas veces sin mayor sentido, llena ya su vida espiritual. Y olvidan lo fundamental: ser cristianos es poseer a Cristo. Quien no está en Gracia no tiene a Cristo, en su vida. Para ellos está la palabra del Apocalipsis: "Tienes nombre de vida, pero estás muerto" (21).

Sin Gracia no hay vida cristiana. Sin Gracia interna no es posible practicar los mandamientos de Cristo. Sin vida sobrenatural es imposible producir actos meritorios. Si se quiere practicar la moral de Cristo hay que tener la fuerza de Cristo en su alma.

Y esa Gracia se alimenta primeramente de los Sacramentos y, especialmente, de la Eucaristía.

Somos débiles. Ahí está nuestra fuerza.

"El que me come, vive por Mí" (22).

No es que la moral cristiana sea imposible, lo que hay es que muchos cristianos olvidan de acercarse al único medio eficaz para vivirla. No es que la vida moderna con sus progresos técnicos y la moral de Cristo sean antagónicas, lo que hay es que esos progresos técnicos necesitan un espíritu, que sólo puede dársele la vida sobrenatural que viene por los Sacramentos. No es que la Iglesia se haya quedado atrás con el progreso del mundo, es que muchos cristianos se han quedado atrás con lo que ser cristiano significa.

Conozcan a Cristo en su Evangelio. Busquen a Cristo en sus ejemplos. Posean a Cristo en su Gracia. Robustezcan la vida de Gracia con la Eucaristía. Eleven su alma a Dios en la oración. Miren en María el ideal de pureza. "Beban las aguas de la Gracia en las fuentes del Salvador". Y verán que la vida cristiana no sólo es posible, sino que dá la única felicidad perfecta, la que brota de la paz de la conciencia, de la serenidad del deber cumplido, de la sensación dichosa de cooperar sencillamente al plan del amor de Dios.

Amados fieles:

Muchos otros remedios podría señalaros, porque el tema es rico y complejo, pero me haría extenso en demasía. No he pretendido agotar tema tan vasto, sino señalaros algunos de sus puntos principales.

Debo terminar con una advertencia y con un llamado.

La advertencia es para decirnos que, si esta crisis moral no se supera, que si los católicos no comprenden su deber de reaccionar y oponer un dique contra ella, que, si en cambio, la agravan con la complacencia y cooperación al desorden moral existente, tendremos que llorar lágrimas muy amargas y quizás irremediables. "Dios es Amor" y sus caminos son de misericordia. Pero Dios también es justicia, y cuando el hombre rehúsa el llamado de

---

(20) *Rm.* 7, 24

(21) *Ap.* 3, 1.

(22) *Jn.* 6, 56.

la bondad, entonces el mismo amor castiga. La espada de lo alto no corta con premura. El Señor aguarda, a veces largos años, esperando una reparación y un retorno. Y cuando, a pesar de sus llamados paternales no se le oye, entonces la espada cae y hiere.

Así cayó en tiempos de Noé "en que toda carne había corrompido su camino".

Así cayó sobre las ciudades nefandas en las cuales no se encontraron ni cinco justos.

Así cayó sobre la bella Grecia, que su corrupción hizo esclava de Roma.

Así cayó sobre la fuerte Roma, que en Capri y Sibari perdió su vigor, mientras de las selvas nórdicas avanzaba "el azote de Dios" para reducir a pavesas sus ciudades.

Así, entre máscara y carnaval, encontró la muerte la República Vénetica, "Reina del Adriático".

Así, en Versalles, el Rey Sol preparaba con sus escándalos la Revolución Francesa.

Así, sobre este siglo, el llamado de dos guerras mundiales no ha hecho aún abrir los ojos, mientras en el Oriente se ve avanzar la nube roja de donde puede caer el diluvio con que Dios castigue tanta profanación de su Ley, tanto olvido de sus preceptos, tanto escarnio de su moral, tanto paganismo del pensar y del vivir. No deseo, amados hijos, ser profeta de desventuras. Pero tampoco quiero ser cómplice de silencios culpables.

Junto con la advertencia, quiero acompañar un llamado.

Y éste no puede ser otro que el que la Iglesia nos da en estos días de Cuaresma por boca del Apóstol: "Hermanos, ya es hora de despertar de nuestro sueño". Es hora de tomar conciencia clara del mal que nos circunda. Es hora de no transigir con él, sino superarlo. De nuevo la palabra del Apóstol Pablo nos advierte: "No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien".

Es hora de vivir en plenitud la vida cristiana tal como la Epístola a los Romanos nos adoctrina diciéndonos:

"Andemos decentemente como de día, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias" (23).

Es hora de comprender que si algo muere en el mundo de hoy es lo que se edificó al margen de Cristo. Es hora de no detenernos a llorar sobre esas ruinas, sino a luchar porque sobre este mundo paganizado en su desenfreno, se levante un mundo regenerado en la integridad de su vida moral. Con el Apóstol os digo su palabra de optimismo:

"La noche va avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz" (24).

Amados hijos:

La Pascua se acerca. La penitencia cuaresmal nos purifica para cantar con alegría del alma resucitada el "alleluia" de las esperanzas cristianas.

---

(23) *Rm.* 14, 13.

(24) *Rm.* 13, 12.

Os exhorto a escuchar y meditar las palabras que os he dirigido.

A comprender la gravedad de la crisis moral que nos aflige. A sacudir ese peso de muerte del paganismo actual que nos oprime. A acercarnos a Cristo, que suspendido sobre la Cruz "todo lo atrae hacia El" (25).

Os invito a purificar vuestras almas en la penitencia —a expiar las faltas propias y ajenas en la mortificación— a resucitar a la vida sobrenatural en la Comunión Pascual.

"Vivid en paz y el Dios de la Caridad y de la paz será con vosotros".

La Gracia del Señor Jesucristo y la Caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros".

Os bendice paternalmente vuestro Obispo.

---

(25) *Jn.* 13, 32.

—::—

## CRISIS MORAL Y CARIDAD (\*) (2 - III - 1952)

### I. INTRODUCCION

La función primera del Obispo, es la de enseñar.

Su primer deber es el de amaestrar a su grey. Y ha de hacerlo especialmente sobre aquellos puntos de doctrina que considera de mayor necesidad y urgencia.

Por eso os hablo ahora sobre el precepto de la Caridad fraterna.

Porque es el mandamiento máximo de la Ley.

La señal distintiva del cristiano. La prenda más cierta de salvación.

Y por otra parte, desgraciadamente, el más olvidado de todos los preceptos.

El más incesante y frecuentemente violado.

Y su olvido e incumplimiento es la raíz de todos nuestros males y la fuente de todas nuestras desgracias.

---

(\*) Publicado junto al artículo anterior, no obstante la diversidad de fechas, por lo que numeramos las notas como partes de una única obra.

Santo Tomás de Aquino, afirma que la Caridad es “la raíz y la madre de todas las virtudes” (26).

Su Santidad León XIII nos apremia a trabajar por el reinado de esta virtud.

“Que los ministros sagrados, decía el gran Pontífice, trabajen con toda su fuerza en bien de los pueblos y especialmente procuren conservar en sí y excitar en los otros, desde los más elevados a los más humildes, la Caridad, señora y reina de todas las virtudes, porque la salvación que se desea se ha de esperar principalmente de una gran efusión de Caridad” (27).

En cumplimiento de esta exhortación os dirigimos esta Carta Pastoral. Y al hacerlo, creemos prestar a nuestros diocesanos el mayor servicio que podíamos hacerles.

Luis Veuillot ha dicho, que el gran servicio que hay que dar a la sociedad es “el de hacer que los cristianos sean cristianos”.

Para eso es menester que la Caridad inspire la mente y las actividades de cada uno.

En la medida en que la Caridad reine en nuestras almas reinará también en ellas el espíritu de Cristo. Es decir, seremos cristianos de verdad.

## II. EL PRECEPTO DE LA CARIDAD FRATERNA

Si se quisiera encerrar el cristianismo en una sola palabra tendríamos que definirlo, diciendo que es Caridad.

El amor es la razón de todo lo que creemos.

“Dios es amor” (28). Su acción sobre el mundo se explica a la luz de su amor infinito.

El dogma cristiano es el amor de Dios que se revela al hombre. La moral cristiana es el amor del hombre que se expresa a Dios.

Hermosamente San Francisco de Sales dice:

“En la Iglesia de Dios todo pertenece al amor, todo está fundado sobre el amor, todo se refiere al Amor, todo habla del Amor”.

De aquí el precepto de la caridad fraterna.

Al comienzo de la predicación evangélica era cuestión ampliamente debatida entre los escribas y doctores de la ley el saber cuál era el primero de los mandamientos. Era difícil, entre las múltiples prescripciones y prohibiciones de la ley, el conocerlo.

Un escriba se acerca a Jesús y le pregunta: “Maestro, ¿cuál es en la ley el más grande mandamiento?” Y Nuestro Señor responde:

---

(26) *I*, 2, q. 65.

(27) *Enc. Rerum Novarum*.

(28) *I Jn.* 4, 16.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu; es el mandamiento máximo y primero; y el segundo es del todo semejante: amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas” (29).

Tenemos aquí claramente formulado el precepto de la Caridad fraterna, y su vasto alcance.

Es la caridad una virtud que nos hace amar a Dios por Sí mismo y sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

La Caridad para con el prójimo es inseparable de la Caridad para con Dios.

“El que dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso”, nos dice en enérgica frase el apóstol San Juan (30).

Es un precepto doble.

La Caridad que es una, tiene dos brazos: con uno abraza a Dios y con otro al prójimo. “Son dos anillos, pero una sola cadena; dos acciones, pero una sola virtud; dos obras, pero un solo amor” (31).

Ella constituye la prueba más alta de nuestro verdadero amor a Dios. “El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve?” (32).

La Caridad sirve para discernir al verdadero del falso discípulo de Cristo: “En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo”, nos dirá San Juan (33).

Cristo se identifica de tal manera con el prójimo que lo que “hacemos al más pequeño de ellos”, “me lo habéis hecho a Mí”, dice Jesús (34).

Cristo vive en sus miembros.

No podemos separar a Cristo de los miembros de su místico cuerpo. Amamos y servimos a Cristo en nuestros hermanos. “El vaso de agua dado en Su nombre no quedará sin recompensa” (35).

La importancia de este precepto aparece en la autoridad con que Jesús lo impone.

“Un mandamiento nuevo os doy; que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado”. “Este es el precepto máximo y primero” (36).

La señal distintiva del cristiano está en su cumplimiento: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos; si tenéis mutua Caridad” (37).

Notemos bien; todos conocerán al verdadero cristiano, no en lo que hable o en lo que haga, sino en la Caridad que tenga para con su hermano.

Esta misma importancia de la práctica de la Caridad, aparece en las enseñanzas de los apóstoles:

---

(29) *Mt.* 22, 36 - 40.

(30) *1 Jn.* 4, 20.

(31) S. Gregorio Magno.

(32) *1 Jn.* 4, 20.

(33) *1 Jn.* 3, 10.

(34) *Mt.* 10, 42.

(35) *Mt.* 10, 42.

(36) *Mt.* 22, 38.

(37) *Jn.* 13, 35.

“Sobre todas las cosas, escribe San Pablo, tened Caridad, que es el vínculo de la perfección” (38).

“El que no ama, añade San Juan, permanece en la muerte, porque Dios es amor” (39).

Y la Sagrada Liturgia de la Iglesia, expresión rica y auténtica de su tradición, nos dice el Jueves Santo que: “donde están la Caridad y el amor ahí está Dios” (40).

La Caridad fraterna es un precepto divino que el cristiano debe hacer triunfar sobre todas las circunstancias y problemas, fiel a lo que San Juan nos enseña: “Tenemos mandamiento de Dios, que aquel que ame a Dios ame a su hermano” (41).

Es un precepto absoluto que no obliga sólo en tal o cual circunstancia o en una u otra condición, sino siempre porque es de la esencia misma de la moral cristiana.

Es un precepto afirmativo, que no tiene por fin solamente el evitar los actos dañosos a nuestros hermanos, sino que nos ordena el amarlos y hacerles el bien siempre.

Es un precepto durable, porque no es de esas leyes caducas que hoy se promulgan para derogarse mañana, sino ley que rige los siglos y aun la eternidad, ya que, como enseña San Pablo (42), al llegar a la posesión del Bien Supremo, la fe y la esperanza ceden su lugar a la visión eterna y sólo la Caridad sigue reinando soberanamente en el reino de los escogidos.

Es al mismo tiempo, un precepto dulce y fácil: “Alguno dirá: no puedo ayunar, ¿quién se atreve a decir: no puedo amar?”, escribe San Agustín.

### III. VENTAJAS QUE LA CARIDAD PROCURA

La Caridad fraterna, junto con glorificar a Dios, que es la mejor prueba de amor hacia El, atrae sobre el que la practica las gracias divinas. “Si mutuamente nos amamos, dice San Juan, Dios permanecerá en nosotros” (43).

El alma que vive en Caridad experimenta la dulzura de la paz. El elogio que la Iglesia hace de un Santo Confesor, es que fue “amado de Dios y de los hombres y su memoria es bendecida” (44).

Ella también nos hace triunfar de nosotros mismos. Llevamos en nuestro interior tres grandes enemigos: el orgullo, la sensualidad y la codicia. Son la expresión de un mal aún más profundo, el egoísmo. Es decir, el amor desordenado de nosotros mismos. Sólo la Caridad es capaz de vencer el egoísmo. Sólo el amor a nuestro prójimo como a nosotros mismos, puede arrancarnos de ese vivir para sí, que es la raíz de todas nuestras pasiones.

---

(38) *Col.* 3, 14.

(39) *1 Jn.* 4, 16.

(40) De Mandato. Jueves Sto.

(41) *1 Jn.* 4, 21.

(42) *1 Co.* 13, 18.

(43) *1 Jn.* 4, 12.

(44) *Si.* 45, 1.

La Caridad, que es en esta tierra el signo del verdadero discípulo de Cristo, será también el signo que en el día postrero separará a los réprobos de los escogidos. El fiel de la balanza divina no será otro sino la Caridad.

Son los labios mismos de Jesús los que nos enseñan que la sentencia que decidirá nuestra eterna suerte, será pronunciada según el amor que hayamos profesado a Cristo en la persona de nuestros hermanos (45).

Y con esto penetramos en los fundamentos de la Caridad, porque el amor al prójimo no es sino la manifestación del amor hacia Dios. Y como dice Santo Tomás de Aquino:

“La Caridad es una en su motivo sobrenatural, que es la infinita perfección de Dios, de tal modo que, si verdaderamente amamos a Dios, debemos necesariamente amar a nuestro prójimo”.

Así como la ausencia de Caridad hace que sea vana toda virtud sin ella, así también su práctica compendia y encierra todas las virtudes cristianas.

Es lo que San Pablo escribe a los Gálatas: “Toda la ley se resume en una palabra: amarás al prójimo como a ti mismo” (46).

#### IV. FUNDAMENTO DE LA CARIDAD FRATERNA

La Caridad fraterna es la expresión práctica de un dogma fundamental del cristianismo y es que todos somos uno en Cristo.

El misterio de la Iglesia es esa maravillosa comunidad de vida en Jesucristo, animada por la Caridad.

“La doctrina más antigua y constante de los Padres nos enseña que el Divino Redentor con su cuerpo social constituye una sola persona mística, o como dice San Agustín, el Cristo total. Aún más, nuestro Salvador mismo en su oración sacerdotal, no ha dudado en comparar ese organismo a esa sublime unidad que hace que el Hijo esté en el Padre y el Padre en el Hijo” (47).

De las diferentes imágenes que San Pablo emplea para mostrar esta sublime realidad, ninguna más vivida y clara que la del cuerpo humano: “Porque así, dice, como siendo el cuerpo uno tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo” (48).

Y en éste y otros pasajes, el mismo Apóstol detalla la doctrina. Una sola Cabeza: Cristo; los miembros son todos los creyentes venidos de todos los lugares del orbe. Entre la Cabeza y los miembros, entre Cristo y los cre-

---

(45) *Mt.* 25, 41.

(46) *Ga.* 5, 14.

(47) *Enc. De Corpore Christi Místico.*

(48) *1 Co.* 12, 12.

yentes, y, entre los creyentes unos con otros, existe una solidaridad sobrenatural incomparable.

“Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo Cuerpo y todos... hemos bebido del mismo espíritu... para formar un solo Cuerpo” (49).

Solidaridad incomparable en la fraternidad:

“Así nosotros, dice la Epístola a los Romanos, siendo muchos, somos un solo Cuerpo en Cristo, y cada miembro está al servicio de otros miembros” (50).

De manera que cada miembro pasa a ser responsable por su parte de la suerte del Cuerpo entero. Todo lo que recibe, lo que vale, lo que es, debe ponerlo al servicio de sus hermanos para el crecimiento de la Iglesia toda. Cristo y la Iglesia se complementan mutuamente. Cada fiel debe por entero darse a Cristo, así como Cristo vive en cada fiel.

La Iglesia es a la luz de este dogma del Cuerpo Místico una realidad sobrenatural, una íntima unión de Cristo y de las almas, un maravilloso conjunto en el cual existe

“una acción real de la Cabeza sobre todos y cada uno de los miembros, una acción de los miembros unos sobre los otros por la Comunión de los Santos, una compenetración real del Espíritu Santo que vivifica todo el cuerpo y forma ahí el más perfecto de los lazos, la Caridad” (51).

Cristo se identifica con sus miembros. A Saulo derribado en el camino de Damasco, la voz de Cristo, pregunta: “Saulo, ¿por qué me persigues?”; no dice: “¿por qué persigues a mis discípulos?”, sino: “¿por qué me persigues a Mí?”.

Lo que hacemos contra nuestros hermanos lo hacemos contra Cristo.

Si nuestra Caridad es con frecuencia tan tibia, es porque olvidamos fácilmente esta verdad, que en la persona de nuestro prójimo debemos ver la persona de Cristo. Todos los heroísmos de la Caridad Cristiana proceden de esa convicción. Si durante 20 siglos, el mundo ha contemplado bajo formas diversas el testimonio admirable de la Caridad Cristiana, es porque los que lo han dado, han visto en el que sufre la imagen y la persona de Jesús.

## V. CUALIDADES DE LA CARIDAD

Pero la Caridad debe ser auténtica; o sea, ser la expresión de nuestro amor verdadero a Cristo en nuestro prójimo. Para esto debe revestir varias

---

(49) *I Co.* 12, 13.

(50) *Rm.* 12, 5.

(51) Prat: *La Théologie de St. Paul.*

cualidades y la primera es que sea *sobrenatural*. La Caridad no debe basarse en meras cualidades naturales o en ventajas materiales. "Si amáis a los que os hacen el bien, eso lo hacen también los paganos?" (52).

Se ama al prójimo a pesar de sus defectos, viendo a través de ellos la realidad divina que se oculta.

San Pablo en su Canto a la Caridad, nos muestra en la Epístola a los Corintios la expresión de una Caridad verdadera, sobrenatural. La Caridad es paciente, afectuosa; y como soporta el mal está atenta a no hacer sino el bien. Ella no es envidiosa de los dones del prójimo, ni se agita con ostentación. No se hincha ni hace nada de inconsiderado. Ella es la negación del egoísmo y no permite al hombre perseguir sólo sus intereses. No se irrita ni medita el mal; no aplaude la injusticia y se alegra del bien. Ella excusa todo, y no supone la mentira y la malicia, ella espera todo, soporta todo en la esperanza de la corrección y de la enmienda del prójimo. He aquí la verdadera Caridad tal como San Pablo nos la describe (53).

La Caridad, porque es sobrenatural, es *interna y sincera*. Brota del fondo del corazón. No consiste en meras fórmulas externas o en maneras correctas; éstas sólo valen cuando son la expresión y el signo de lo anterior. La Caridad es algo más que la urbanidad. Puede haber urbanidad sin Caridad, pero siempre que haya Caridad verdadera nuestros gestos y actitudes expresarán debidamente este sentimiento.

La Caridad es *universal*. No excluye a nadie.

"Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos y que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos" (54).

La Caridad es *efectiva*, es decir se demuestra por obras. Es la negación de ese egoísmo fundamental tan criticado por el Apóstol: "todos buscan sus cosas propias, no las de Cristo" (55). La Caridad debe traducirse socialmente por la evangelización, la hospitalidad, la mutua ayuda, las buenas obras.

Habla el Apóstol Santiago:

"¿Qué le aprovecha hermanos míos a uno decir: "yo tengo fe", si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano y la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dijere: Id en paz y que podáis calentaros y hartaros, pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo ¿qué provecho les valdría? Así la fe, si no tiene obras, es de suyo muerta" (56).

---

(52) Mt. 5, 46.

(53) Cfr. 1 Co. 13, 19.

(54) Mt. 6, 43 y ss.

(55) Flp. 2, 21.

(56) St. 2, 14 y ss.

Con razón San Juan en su Epístola nos amonesta: "Hijitos míos, no amemos con palabras ni con la lengua, sino con obras y en verdad" (57).

## VI. EXTENSION DE LA CARIDAD

"La Caridad no pasa jamás" (58). Viene de Dios. "Ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (59). Es la forma práctica de amar a Dios y "la medida del amor de Dios es amarlo sin medida" (60).

Por esto, Cristo Nuestro Señor ha señalado la extensión de la Caridad: "Amarás al prójimo como a ti mismo" (61). Bien sabía El cuánto nos amamos. Pero ha mostrado aún otra medida más alta: amaremos al prójimo "como Cristo nos ha amado" (62).

Y ¿cómo nos ha amado Jesús? San Juan nos responde: "En esto hemos conocido el amor de Dios, que El entregó su vida por nosotros" y consecuente con esto añade en seguida: "y nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos" (63).

Quizás a alguno pueda esto parecerle exagerado, y sin embargo, es la médula del Evangelio, es la práctica de todos los tiempos y es la gran necesidad de hoy.

Sólo una gran efusión de Caridad podrá detener la avalancha de odio que amenaza sepultar la humanidad.

Terminamos esta primera parte de nuestra Pastoral, sometiendo a vuestra meditación una hermosa página del gran Doctor San Bernardo, sobre la Caridad:

"Oh, qué buena madre es la Caridad, la cual ya sea que aliente a los débiles, ya sea que pruebe a los muertos, ya sea que reprenda a los inquietos usando diversas maneras, según las circunstancias, a todos los ama como a hijos.

Cuando te reprende, es mansa; cuando te alaba, es sencilla; suele ser severa con clemencia y halagar sin engaño. Sabe airarse con paciencia, indignarse con humildad. Cuando es seguida, no reacciona mal; aunque sea despreciada, vuelve a insistir todavía. La Caridad es madre común de ángeles y hombres" (64).

\* \* \*

---

(57) *1 Jn.* 3, 18.

(59) *1 Co.* 13, 8.

(59) *Rm.* 5, 5.

(60) S. Bernardo: *De diligendo Deo.*

(61) *Mc.* 13, 31.

(62) *Ef.* 5, 2.

(63) *1 Jn.* 3, 16.

(64) S. Bernardo: *Tractatus de Charitate, Cap. N<sup>o</sup> 27.* Migne P. L., t. 184, col. 597.

## I. PRACTICA DE LA CARIDAD

Hemos visto en líneas generales lo que es la virtud de la Caridad y su importancia en la vida cristiana. Debemos hablar ahora de su práctica y para hacerlo lo dividiremos en dos partes, lo que debemos evitar y lo que debemos practicar con referencia a esta virtud.

## II. LO QUE DEBEMOS EVITAR

Como principio fundamental debemos recordar lo que poco antes dijimos: cada cristiano, miembro del Cuerpo de Cristo, debe permanecer en íntimas relaciones de Caridad con sus hermanos, miembros de ese Cuerpo. Si no permanece en esa unión muere a la vida de Cristo. Todo en la Iglesia de Dios está ligado estrechamente por la Caridad. Romper con los miembros, es morir sobrenaturalmente, porque es romper con la Cabeza.

Con agonías en su corazón, el Apóstol San Pablo escribe a los Corintios divididos:

“Cada uno de vosotros dice, yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Por ventura está dividido Cristo?” (65).

Y haciendo eco a esas palabras, el cuarto sucesor de San Pedro, San Clemente Romano, escribía más tarde a los mismos Corintios:

“¿Por qué hay entre vosotros querellas, discusiones, cismas y guerra? ¿No tenéis todos un mismo Dios, un mismo Cristo, un mismo Espíritu de Gracia derramado sobre vosotros, una misma vocación en Cristo? ¿Por qué han de destrozarse los miembros de Cristo? ¿Por qué estar en revuelta contra vuestro propio Cuerpo? ¿Por qué llegar a esta locura de olvidar que somos miembros unos de otros?” (66).

En consecuencia hay que evitar todo lo que ofende o hiere a la virtud de la Caridad. Entremos en el detalle.

### 1) *Los pecados de mente*

“La Caridad no piensa mal” (67).

El que tiende a pensar mal de su prójimo no sabe lo que es la Caridad. La Caridad nace de nuestro interior. Si nuestra mente no está iluminada por la Caridad, nuestras obras traducirán ese vacío.

La Caridad no juzga a su prójimo. La palabra del Evangelio es terminante

---

(65) *I Co.* 1, 12.

(66) S. Clemente, 46, 2.

(67) *I Co.* 13, 5.

Yo es pido meditarla con atención.

“No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados, y con la medida con que midiereis se os medirá” (68).

No juzguéis. El precepto divino se dirige contra el espíritu de malignidad que nace del orgullo y del amor propio. Se dirige contra la curiosidad injustificada que nos lleva a averiguar las obras del prójimo, contra la interpretación odiosa que nos hace suponer la perversidad en sus intenciones, contra la mala voluntad habitual, que no solamente nos hace alejar la idea de las circunstancias atenuantes, sino nos determina a aumentar las faltas de nuestros hermanos; en una palabra, esa disposición orgullosa que nos lleva a juzgarnos severamente los unos a los otros.

Esto es prácticamente substituirnos a Dios. No hay sino solamente El que pueda reconocer los elementos de las faltas y apreciar las responsabilidades. Y sin embargo, El, que está soberanamente informado, es al mismo tiempo, infinitamente benévolo. Faltar a la Caridad es casi siempre faltar a la Justicia.

No juzguéis. Nada hay más osado y miserable que el erigirse en tribunal permanente, delante del cual, cada uno debe comparecer, en cuyo estrado el prójimo es tan a menudo condenado sin haber sido oído; tribunal incompetente, tribunal usurpador, en el cual asumimos todas las funciones: la investigación del hecho, la requisitoria del ministerio público, el texto de la ley, la naturaleza de la sentencia y a veces, aun la ejecución (69).

“No juzguéis y no seréis juzgados”.

El juicio temerario, la sospecha infundada, el rigor y la incomprensión hieren la Caridad.

“Con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis seréis medidos”.

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (70).

El evitar los juicios temerarios, tiene una segunda parte que es su consecuencia lógica: “No condenéis y no seréis condenados” (71).

Esto es aún más grave que el juicio.

Antes de juzgar y condenar ligeramente, examinemos nuestra conducta y veamos si acaso no caemos en lo mismo que estamos censurando. Tengamos siempre presente ante nosotros la clara, y al mismo tiempo terrible, palabra del Evangelio: “¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: hermano, déjame quitarte la paja que tienes en el ojo, cuando tú no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja que hay en el de tu hermano” (72).

---

(68) Mt. 7, 1 y ss.

(69) Vid. Delatte: *L'Évangile*.

(70) Mt. 5, 7.

(71) Lc. 6, 36.

(72) Lc. 6, 41 y ss.

## 2) *Los pecados del corazón*

Junto a los pecados de mente contra la Caridad, hemos de evitar los del corazón, como la envidia, las rivalidades, la antipatía, los rencores, los odios.

De un modo especial nos detendremos a hablar sobre la envidia, ya que como la Sagrada Escritura misma nos lo enseña, en los casos de Caín, los hermanos de José, Saúl, y los fariseos, ha sido esta pasión la que movió a tantos pecados y crímenes contra la Caridad.

Santo Tomás define la envidia como “una tristeza, un desagrado que experimentamos del bien de los otros en cuanto lo estimamos un bien perjudicial a nosotros, a nuestros intereses y a nuestra gloria”.

La envidia procede del orgullo y éste es egoísta y pequeño. El envidioso querría él solo poseer todo lo bueno y hermoso y no puede soportar que otro fuera de él posea aquella virtud o cualidad de la cual él está desprovisto.

La envidia hiere a la Caridad que nos manda “alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran” (73). De la envidia nacen los falsos juicios, la aversión y el odio. El envidioso todo lo interpreta mal. Tenemos un ejemplo claro de éste en la conducta de los fariseos con Nuestro Señor; si sanaba un enfermo en día sábado lo llamaban al momento violador de la Ley; si visitaba a los pecadores para convertirlos, decían que era su amigo y consejero; si arrojaba a los demonios, expresaban que era en virtud de Belzebú, y no de Dios, que lo hacía.

Una frase del Evangelio, al narrarnos la Pasión y Muerte de Jesús, nos dice de lo que es capaz la envidia: “Pilatos sabía que por envidia lo habían entregado” (74).

Con justicia el Espíritu Santo llama a la envidia: “podredumbre de los huesos” (75).

Con cuanta razón el Apóstol San Pablo nos exhorta a tener los sentimientos de Jesús: “Sentid en vosotros lo que siente Cristo Jesús” (76). Si nuestro corazón no se moldea en el de Cristo, si nuestros sentimientos no se identifican con los suyos, si, en una palabra, no amamos con el amor con que El ama, ¿cómo podremos llamarnos sus discípulos?

## 3) *Los pecados de la lengua*

Entramos a tratar algo que, por desgracia, no sólo es una falta excesivamente difundida, sino, lo que es peor, sobre cuya gravedad existe en muchos católicos una verdadera inconsciencia: los pecados de la lengua.

Ante todo, quiero poner ante vuestra consideración un trozo de la Epístola de Santiago Apóstol. Nada mejor podemos escuchar que la voz de Dios que nos habla. Dice así:

---

(73) *Rm.* 12, 15.

(74) *Mt.* 27, 18.

(75) *Pr.* 14, 30.

(76) *Flp.* 2, 5.

“Hermanos míos, no seáis muchos en pretender haceros maestros, sabiendo que seremos juzgados más severamente, porque todos ofendemos en mucho. Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo. A los caballos les ponemos freno en la boca para que nos obedezcan y así gobernamos todo su cuerpo. Ved también las naves, que, con ser tan grandes y ser empujadas por vientos impetuosos, se gobierna por un pequeño timón a voluntad del piloto. Así también la lengua, con ser un miembro pequeño, se atreve a grandes cosas. Ved que un poco de fuego basta para quemar un gran bosque. También la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. Colocada entre nuestros miembros, la lengua contamina todo el cuerpo, e inflamada por el infierno, inflama a su vez toda nuestra vida. Todo género de fieras, de aves, de reptiles y animales marinos es domable y ha sido domado por el hombre; pero a la lengua nadie es capaz de domarla, es un azote irrefrenable y está llena de mortífero veneno. Con ella bendecimos al Señor nuestro y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a imagen de Dios. De la misma boca proceden la bendición y la maldición. Y esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso la fuente echa por el mismo caño agua dulce y amarga? ¿Puede acaso, hermanos míos, la higuera producir aceitunas, o higos la vid? Y tampoco un manantial puede dar agua salada y agua dulce” (77).

La Caridad nos prohíbe dañar la honra ajena. De doble manera puede herirse la fama del prójimo; o por la maledicencia o por la calumnia.

La maledicencia o detracción consiste en descubrir sin necesidad las faltas o los defectos ocultos del prójimo. Hay calumnias en cambio, cuando se publica una falta falsa.

Ambas, la maledicencia y la calumnia, pueden ser: o directas, cuando se hacen con intención de dañar al prójimo; o indirectas, cuando se hacen por ligereza o irreflexión sin intención de difamar.

Ambas también son, de suyo, pecados mortales, ya que hieren el estricto derecho que cada cual tiene a su propia fama, pero su gravedad dependerá en cada caso de la materia misma de la falta que se manifiesta o que se inventa. Se cae en la maledicencia o en la calumnia, acusando al prójimo de una falta que no ha cometido, discutiendo sin razón sus faltas ocultas, exagerando el mal que se ha cometido, interpretando torcidamente su conducta, negando sus buenas cualidades o sus buenas acciones, disminuyendo el mérito de sus actos, callando sus buenas acciones o dejando que se le acuse cuando podríamos defenderle.

Debemos insistir en la gravedad de estas faltas. La palabra divina nos lo enseña en forma precisa: “Los maledicentes, dice San Pablo, no poseerán el reino de Dios” (78). El mismo Apóstol equipara los detractores con los aborrecibles a Dios (79), y son, añaden los Proverbios, “abominación de los hombres” (80).

---

(77) *St.* 3, 1-12.

(78) *1 Co.* 6, 10.

(79) *Rm.* 1, 30.

(80) *Pr.* 24, 9.

El maledicente y calumniador es un cobarde, pues ataca a una persona ausente y que no puede defenderse. Generalmente no se atrevería a afirmar delante del ofendido lo que dice a sus espaldas.

Es un cruel. La lengua del detractor es una espada que hiere a la vez al calumniador que se envilece, al calumniador a quien denigra, y al que escucha. La maledicencia y la calumnia son un robo, pues arrebatan al prójimo "el honor que es más estimable que el oro" (81).

No creemos ser duros al condenar con palabras de fuego a los que destrozan las honras ajenas, ni decir que es indigno de llamarse cristiano quien hiere una virtud tan especialmente impuesta por Cristo.

Semejante a la maledicencia son los chismes, que turban las relaciones de amistad que guardan entre sí personas o familias y enfrían las relaciones de confianza y de amor que debe haber entre superiores y súbditos.

Con razón las Sagradas Escrituras juzgan en forma tan dura al chismoso.

"El chismoso... es maldito, dice el Libro del Eclesiástico, porque mete confusión entre muchos que vivían en paz" (82).

El Libro de los Proverbios afirma: "Seis cosas son las que aborrece el Señor y la séptima la detesta en el alma". Y después de enumerar seis pecados, señala el séptimo: "el del que siembra discordia entre hermanos" (83).

Y aquí podríamos extendernos largamente, si el tiempo y la finalidad de esta Carta Pastoral nos lo permitieran, para haceros ver, con cuánta ligereza y facilidad se cae en palabras o conversaciones que hieren profundamente la Caridad. Las burlas, las palabras despectivas, las críticas maliciosas e injustas, los chismes y sobre todo el relato exagerado o falso de los hechos, son otras tantas faltas contra el gran precepto cristiano que hacen que al enfriarse la Caridad entre los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, toda la Iglesia sufra sus consecuencias.

El espectáculo de una sociedad que se dice cristiana, y que pasa por encima de lo que es esencial al Cristianismo es, no sólo un escándalo que aleja de la Iglesia a muchas almas, sino una triste prueba de la poca calidad del espíritu cristiano que existe en aquellos que así desprecian o descuidan lo que Jesús llamó "mandamiento máximo y primero".

Quien no sabe refrenar su lengua, ¿será capaz de refrenar sus pasiones?

Quien no es capaz de cumplir el primer precepto de la Ley, ¿cómo podrá cumplir los restantes?

Hay quienes creen cumplir sus deberes religiosos asistiendo al templo y practicando diversos actos de piedad, pero, después, en la vida diaria, difaman al prójimo, repiten todo lo que contra el prójimo se dice, exageran los mismos hechos narrados y de este modo son sembradores de discordias y de odio. Quienes así obran, olvidan lo que San Agustín escribe:

---

(81) *Pr.* 22, 1.

(82) *Ec.*, XXVIII, 15.

(83) *Pr.* 6, 16-19.

“Aunque impriman todos sobre su frente el signo de la Cruz, aunque reciban el Bautismo, aunque entren a la Iglesia, aunque formen como muros maestros de nuestras basílicas; sólo la Caridad distingue a los hijos de Dios de los hijos del demonio” (84).

No parezca, pues, exagerado que, basándose en esta misma idea, Bossuet afirme:

“Quien renuncia a la Caridad fraterna, renuncia a la fe, abjura del Cristianismo, se aparta de la escuela de Jesucristo, es decir, de su Iglesia” (85).

#### 4) *El escándalo*

Otro grave pecado contra la Caridad es el del escándalo.

Santo Tomás lo define como: “el dicho o el hecho menos recto que da a otro ocasión de ruina espiritual” (86).

El escándalo es ante todo un pecado contra la Caridad, ya que si la Caridad obliga a impedir que el prójimo caiga, o a corregir al caído, mucho más aún obliga a no inducirlo por mal ejemplo a faltar.

La palabra del Evangelio sobre el escándalo es precisa y dura:

“El que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y le arrojaran al fondo del mar.

¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos, pero ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo!” (87).

La conclusión de esta enumeración de algunos pecados que hieren la Caridad deben ser las palabras del Apóstol: “En nada demos motivo alguno de ofensa” (88), y aquellas otras de su Epístola I a los Corintios:

“la Caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera” (89).

“Hay que ser solícitos en cuidar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz” (90).

El pecado más grave que un cristiano puede cometer es el arrancar de su alma la divina Caridad.

Santa Teresa de Jesús definió a Satanás como: “el que no puede amar”.

---

(84) *1 Jn.* 5, 9-10.

(85) *Medit. sobre el Evangelio.*

(86) *II, II q.* 43, a. 1.

(87) *Mt.* 18, 6-7.

(88) *2 Co.* 6, 3.

(89) *1 Co.* 13.

(90) *Ef.* 4, 3.

La falta de Caridad en la vida social precipita a las sociedades en los abismos del egoísmo y del odio.

Un mundo sin amor es un mundo que perece.

Aquellos cristianos que en cualquier forma faltan a la ley de Caridad, son los que abren las puertas a todas las subversiones y violencias.

Una sociedad es cristiana en la medida que la Caridad fraterna la inspira.

### III. LO QUE DEBEMOS HACER

Nos corresponde ahora hablar del cumplimiento positivo de la Caridad: lo que debemos hacer.

#### 1) *El respeto*

La base de nuestras relaciones con el prójimo es el respeto. Es nuestro primer deber positivo para con él. San Pablo nos exhorta a que "nuestra Caridad sea sincera... honrándonos a porfía unos a otros" (91), es decir, respetando en nuestro prójimo la imagen de Dios. De aquí nace la estimación que sabe apreciar, aun dentro de miserias y defectos, la incomparable dignidad de la persona humana y su grandeza de hijo de Dios.

Todas las filosofías inhumanas que desrozan nuestra civilización parten del olvido de esa eminente dignidad y como consecuencia son incapaces de producir la estimación y el respeto que está en la base de toda convivencia social humana y cristiana.

La estimación cristiana, que nace de la Caridad, se expresa en la delicadeza, es decir, todo aquel conjunto de buenas maneras, que no son una simple corrección externa, sino la manifestación de aquel respeto con que el cristiano debe tratar al hombre, obra maestra de las manos de Dios.

#### 2) *El amor*

Porque la Caridad procede de ver y respetar la imagen de Dios en nuestro prójimo, por eso también, nos enseña el amor que le debemos. No es un amor egoísta, sino sobrenatural, como que deriva de Dios.

Es un amor cordial. Nace del corazón. Es un amor sincero, no artificioso ni fingido. Es un amor santo, ya que el último fin de la Caridad es procurar al prójimo la felicidad eterna.

#### 3) *Junto al amor está la tolerancia*

Para hacer la Caridad más meritoria, Dios ha permitido que seamos carga uno a otro. Tenemos defectos, miserias, caracteres no fáciles, y todo

---

(91) *Rm.* 12, 9-10.

esto debemos mutuamente tolerárnoslo. "La Caridad es paciente", nos recuerda el Apóstol, y él mismo nos aconseja: "ayudaos mutuamente a llevar vuestra carga y así cumpliréis la ley de Cristo" (92).

La intolerancia es signo de estrechez de la mente y de orgullo del corazón. Se confunde con frecuencia la firmeza en las convicciones, que es una virtud, con la intransigencia en los juicios, que es un defecto. El odio al pecado, que es fruto del amor a Dios, con el desprecio del pecador que es olvido de la Caridad. Creemos a veces estar defendiendo principios y lo que estamos defendiendo son situaciones personales. Sólo la Caridad podrá abrir nuestros corazones y nuestras mentes a la tolerancia cristiana cumpliendo aquello del Apóstol:

"Así, pues, os exhorto a andar en una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados con toda humanidad, mansedumbre y longanimidad, soportándoos unos a otros con Caridad" (93).

#### 4) *El servicio del prójimo*

La Caridad debe expresarse en obras.

"Hijitos míos, nos advierte San Juan, no amemos con palabras y con la lengua, sino por obras y en verdad" (94).

La Caridad nos obliga a aliviar al prójimo en todas las necesidades de su alma y de su cuerpo. Estos actos se llaman obras de misericordia.

No pocos cristianos piensan que las obras de misericordia son algo facultativo, que podemos o no dejar de hacer, e ignoran u olvidan que son *obligatorias*, pues Jesucristo nos prometió el cielo o el infierno según que las practiquemos o desdeñemos: "Sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia" (95), dice el Apóstol Santiago y la razón nos la da él mismo poco más adelante porque "la fe sin obras, es muerta" (96).

Más aún, en el último día de nuestra vida seremos juzgados en la práctica o no de esas obras de misericordia. Yo os pido que meditéis con reverencia y temor esta página del Santo Evangelio tomada de San Mateo:

"Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a Ti? Y el Rey les dirá: En verdad os digo, que cuantas

---

(92) *Ga.* 6, 2.

(93) *Ef.* 4, 1 y ss.

(94) *1 Jn.* 3, 18.

(95) *St.* 2, 13.

(96) *Ibid.* 2, 17.

veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis.

Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber. Fui peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o en prisión y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo, que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis. E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (97).

Las prácticas que encierran todas las demás obras de misericordia, podemos resumirlas en las siguientes:

a) La obligación de la limosna, comprendiendo ésta todas las obras corporales de misericordia. Sobre ella hablaremos más detenidamente en la tercera parte de esta Pastoral.

b) La obligación de corregir al prójimo. Es decir la exhortación que debemos hacerle en privado, sea para impedir, sea para enmendar su falta. La obligación de la corrección fraterna consta claramente en el Evangelio: "Si pecare tu hermano, ve y repréndele a solas. Si te escucha habrás ganado a tu hermano" (98).

c) La obligación de edificarle con nuestro ejemplo. El Apóstol San Pablo dice que el cristiano debe ser el "buen olor de Cristo en todo lugar" (99).

"Nuestra luz debe resplandecer ante los hombres para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos" (100).

d) La obligación de fortalecerle con nuestras palabras.

e) La obligación de rogar por el prójimo. Le debemos el servicio de nuestras oraciones: "Orad unos por otros para que os salvéis" (101), nos advierte el Apóstol Santiago.

Todas estas prácticas deben estar animadas de lo que podríamos llamar la regla de oro del servicio a nuestro prójimo y que se encierra en aquellas palabras del Evangelio en el Sermón de la Montaña:

"Cuanto quisieréis que os hagan a vosotros los hombres hacédselo vosotros a ellos, porque esta es la ley y los profetas" (102).

## I. LA CARIDAD EN LA VIDA SOCIAL

La Caridad no solamente regula la vida privada de los hombres, sino también su vida colectiva.

---

(97) Mt. 25, 34-46.

(98) Mt. 18, 15.

(99) 2 Co. 2, 15.

(100) Mt. 5, 16.

(101) St. 5, 16.

(102) Mt. 7, 12.

La vida de las sociedades es como la de los individuos, una vida moral, cuyo primer principio es la Caridad.

“Toda paz es inestable, todos los tratados son ineficaces, mientras una reconciliación inspirada por la Caridad mutua no apacigüe los odios y las enemistades” (103).

El maledicente y calumniador es un cobarde, pues ataca a una persona de aquí que no consideremos terminada esta Carta Pastoral, sin tratar algunos puntos que dicen relación con la Caridad en la vida social.

Y ante todo queremos referirnos a un tema muchas veces debatido y sobre el cual suele pecarse por exceso de ambas partes.

## II. JUSTICIA Y CARIDAD

Aunque diversas por su objeto y por su origen, tanto que a veces pueden parecer irreductibles, sin embargo, no hay dos virtudes cuya unión sea más necesaria, desde el punto de vista social, que la Justicia y la Caridad.

Ni la Justicia sola sin el concurso de la Caridad, ni la Caridad sola sin el fundamento de la Justicia pueden realizar la obra que les corresponde.

Hay católicos que en nombre de la Caridad rechazan la Justicia y católicos que por exaltar la Justicia, miran en menos la Caridad.

Ambas posiciones son falsas.

La Justicia es la base de nuestras relaciones humanas. No puede reinar el amor donde existe la injusticia. El cristiano está obligado al cumplimiento de todos sus deberes de Justicia conmutativa. La Caridad no se ha hecho para cubrir las faltas de la Justicia. Cada católico tiene el deber

“de contribuir aunque le cueste notables renunciaciones al avance de aquella Justicia social de la que deben tener hambre y sed todos los verdaderos discípulos de Jesucristo” (104).

Hay católicos que creen poder cubrir sus injusticias con algunas limosnas. Están en un error. Hay quienes creen que con unas cuantas dádivas unidas al olvido de sus deberes sociales solucionarán los problemas nacidos de ese mismo olvido. “No es con árboles de Navidad como solucionaremos el problema social”, escribió aquel gran Arzobispo de París, que fue el Cardenal Suhard. Pero la Justicia sola no basta. Y este es otro error, contrario al primero, en el cual también se cae. Hay católicos que creen que sólo pueden hablar de Justicia y que el mencionar la Caridad fuera como disminuir su justo anhelo de progreso social. Oigamos lo que sobre esto nos dice S. S. Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno*:

“Mas para asegurar estas reformas es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la Caridad que es vínculo de perfección. Ciertamen-

---

(103) Benedicto XV: Encíclica *Pacem*.

(104) S. S. Pío XII (1ª - X - 1944).

te la Caridad no debe considerarse como una sustitución de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero, aun suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la Caridad un campo dilatadísimo. La justicia sola aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual, que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente "que son miembros los unos de los otros" por donde "si un miembro padece, todos los miembros se compadecen" (105).

De la justicia animada de Caridad brota la fraternidad que es la verdadera prosperidad y fuerza de los pueblos.

La justicia social sirve de base a la Caridad y ésta a su vez hace progresar la Justicia. Ambas unidades nos dan la verdadera paz.

Resumimos estas ideas con las palabras de un gran escritor de nuestros tiempos, el Excmo. Mons. Gillet, antiguo General de la Orden Dominicana:

"Lo propio de la Caridad es de ser infinita en sus reivindicaciones; el amor no conoce términos. No le basta con curar las llagas y sanarlas; quiere suprimirlas. No es simplemente curativa, ella es preventiva, y si sólo se dedicara al primer rol, no sería más la Caridad cristiana. Ahora bien, no hay para ella sino una manera de ejercer ese rol preventivo, es el de hacer crecer y progresar la Justicia en la humanidad; es crear una conciencia colectiva a su favor, es introducir en las almas un llamado a derechos nuevos; es hacerle no sentir su mal al desgraciado y sobre todo hacérselo sentir a otros más que al mismo; es conducir la opinión pública a reconocer a aquellos que estaban despojados, los derechos de justicia nueva y trabajar así a la redacción de los códigos futuros. Haciendo surgir derechos nuevos la Caridad es por tanto un instrumento obligado de progreso, y así se ve las relaciones que ella tiene con la Justicia: la Justicia de hoy es la Caridad de ayer; la Caridad de hoy, es la Justicia de mañana" (106).

### III. CARIDAD EN LA VIDA CIVICA

No podríamos al tratar el tema de la Caridad, no aludir a su relación con los conflictos de la vida cívica. Comprendemos que el tema es delicado y fácil a falsas interpretaciones. Pero, ¿cómo callar, si es precisamente en este campo, donde con mayor violencia se hiere la virtud excelsa de la Caridad?

---

(105) Pío XI: *Quadragesimo Anno*, N<sup>o</sup> 56.

(106) *Revue d'Apologétique*, II - 1908, pág. 666. En la 8<sup>a</sup> línea agregamos la partícula *no* que suponemos ausente por error de imprenta.

Por esto, aunque en forma muy breve, recordaremos los principios de Caridad que deben regir la vida cívica.

La ley de Caridad, hemos dicho, es el principio cristiano de toda vida social. La vida cívica, precisamente porque pone en juego los intereses más generales de la sociedad civil, es la que exige mayor ejercicio de la Caridad. Su Santidad Pío XI nos hablaba de la "Charitas erga Polis" o sea, de la Caridad hacia la Colectividad.

El primer deber de Caridad social es el de participar en la vida cívica. La Caridad nos prohíbe la indiferencia. El católico no puede ni refugiarse en la cómoda posición de ignorar los problemas que atañen al bien común, ni esperar de la fuerza una solución, que debe ser el fruto del trabajo y del sacrificio de cada uno.

La Caridad exige que, a pesar de los defectos que se encuentran en la vida pública, los católicos participen de ella.

En una democracia, la forma normal de prestar esa colaboración cívica es dentro de los partidos políticos. Ellos son los que orientan las energías populares y aseguran la continuidad política de un país.

Los católicos son libres de pertenecer a diversos partidos políticos, con tal que éstos den garantías de respetar los derechos de Dios y de la Iglesia. Pero, aquí viene el escollo contra la Caridad. Esa libertad que la Iglesia consagra en numerosos documentos, muchos, en la práctica, no la respetan. Quieren asociar sus propias opiniones a un ideal superior indiscutible y "lanzar censuras mortales, contra opiniones que la Iglesia no ha condenado" (107).

La historia es antigua, y sin mencionar los documentos suficientemente conocidos de los últimos Pontífices, podríamos citar los de Inocencio XI, Clemente VIII, Benedicto XIV, tratando de reprimir este abuso.

Nada más claro a este respecto que la enseñanza de S. S. Benedicto XV:

"Con respecto a las cuestiones en las cuales, sin detrimento de la fe y de la disciplina, se puede discutir el pro y el contra, porque la Santa Sede nada ha aún decidido, a nadie le es prohibido el emitir y defender su opinión; pero sí, en esas discusiones hay que abstenerse de todo exceso de lenguaje que pudiera ofender gravemente la Caridad. Que cada uno sostenga su opinión libremente, pero que lo haga con moderación y no crea poder achacar a los que sostienen una opinión contraria, nada más que por este motivo, el reproche de fe sospechosa. No hay necesidad de calificativos para significar la profesión de catolicismo; a cada uno debe bastarle el decir: Mi nombre es cristiano, mi apellido es católico. Que se aplique tan sólo a justificar verdaderamente por los hechos este nombre" (108).

Junto a esta libertad en lo discutible hay que tratar de reconocer algún valor a las opiniones contrarias. No podemos erigir en absolutas nuestras opiniones.

---

(107) Benedicto XIV: *Sollicita*, 3-VII-1753.

(108) Benedicto XV: *Ad Beatissimi*.

"Reconozcamos que hay pocas doctrinas, por discutibles que sean, pocas soluciones, cualesquiera sean los peligros que encierran, que no contengan una aspiración justa, un alma de verdad. Tratar de descubrir en el barro que las envuelve, esas briznas de metal precioso, no es, como pudiera pensarse, habilidad o debilidad, es simplemente, equidad. La pasión nos lleva a rechazar en bloque todo lo que viene del adversario; la Caridad, en cambio, exige hacia él un esfuerzo leal de discriminación y de comprensión" (109).

"Desconfiemos, ha dicho José de Maistre, de esos sistemas tajantes que nos hacen considerar como leprosos a los que tienen la desgracia de no pensar como nosotros".

"Pero, esto es aún peor, añade el autor antes citado, cuando sucede en el campo católico. Es una tendencia natural el manifestar una particular intolerancia hacia aquellos que, participando de nuestras convicciones fundamentales, se separan por los métodos o por el detalle de las soluciones. De ahí a considerar a sus autores como traidores a la causa común y más peligrosos que los adversarios mismos no hay más que un paso que pronto se da".

Como este es un tema especialmente delicado, prefiero traducir una página de Charles Flory, el presidente de las Semanas Sociales de Francia, que no por referirse a aquel país, deja de tener plena aplicación en el nuestro. Dice Flory:

"Los católicos franceses han dado a menudo el doloroso espectáculo de disensiones de este orden. Parecería que las divergencias políticas deberían significar poco para quienes une una creencia común en las verdades fundamentales de la Religión. Pero la gravedad de estas divisiones proviene precisamente de la confusión que cometen tantos católicos y que ya hemos señalado entre los principios de la fe revelada y las soluciones sobre las cuales legítimamente podemos discrepar. A los que respetan las distinciones necesarias, les es mucho más fácil, el comprender que hay muchas mansiones en la Casa del Padre y que una *armoniosa diversidad es necesaria a una unión que no consiste en la pasividad*".

"Los soldados de un ejército poderoso no emplean todos las mismas armas ni la misma táctica, decía S. S. Pío X a los jóvenes franceses; todos, sin embargo, deben estar unidos en la misma empresa, mantener un espíritu de cordialidad fraterna y obedecer prontamente a la autoridad que los dirige". "La unión de los católicos no debe obtenerse, ni por un silencio que les impedirá instruirse sobre las cuestiones políticas en que discrepan, ni por una abstención, que sería una falta a la Caridad, sino por las distinciones y subordinaciones que facilitarán las concesiones fraternas requeridas por el espíritu cristiano. Sería comprender mal el papel de la Caridad el hacerla consistir en la limosna de un poco de tolerancia, acompañada de orgullosa compasión. Ella exige un esfuerzo de comprensión del cual se benefician además nuestras propias soluciones. "No se entra en la Verdad sino por la Caridad", ha dicho Pascal, siguiendo a San Agustín" (110).

---

(109) M. Charles Flory, presidente de las Semanas Sociales de Francia.

(110) Charles Flory.

Si los católicos en vez de lanzarse inútiles recriminaciones sobre su mutua ortodoxia tuvieran presentes las sapientísimas palabras de S. S. León XIII, cuántas heridas a la Caridad se evitarían. Decía el Pontífice citado en carta a los católicos españoles:

“También se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del Catolicismo a los que pertenecen a otros partidos políticos. Esto, en verdad, es meter malamente los bandos en el augusto campo de la religión, querer romper la concordia fraternal y abrir la puerta a una multitud de inconvenientes” (111).

Por último la Caridad en el campo de la vida cívica exige el respeto a las personas. La verdad no se impone, se propone.

“Interfícite errores, diligite homines”. Destruid el error, pero amad a los hombres, decía San Agustín. No es éste, por desgracia, el procedimiento que generalmente se emplea. Se cree que para atacar una idea, la mejor manera es la de desacreditar a los hombres que la sostienen. Esto no es justo, ni cristiano. Mucho peor aún cuando en este ataque se entra en el campo de la vida privada del contrario.

No se trabaja por un orden cristiano, ni se defiende la civilización cristiana, sino en la medida en que se respeta la ley fundamental del Cristianismo: la Caridad.

En esto conocerá el mundo si se es o no verdadero discípulo de Cristo.

#### IV. LIMOSNA Y ASISTENCIA SOCIAL

Aun cuando la limosna es un deber individual, que la Caridad impone para con el prójimo, hemos creído más conveniente tratarlo en esta tercera parte, por la importancia que tiene en la vida social.

La limosna es un socorro temporal dado al indigente para ayudarlo a subvenir las necesidades de la vida.

La limosna nace de la compasión, es decir, del compartir internamente el sufrimiento de nuestro prójimo.

El precepto de dar limosna, no es algo facultativo. Es un deber que nace de la naturaleza misma de los bienes terrenos.

El único *absoluto* de todos los bienes es Dios.

Es el Señor.

Nosotros somos tan sólo administradores de los bienes. Dios puede quitárnoslos cuando le plazca. Puede también imponernos la obligación de *compartir* los bienes que son suyos.

Y Dios ha impuesto en forma clara y perentoria ese precepto. Oigamos sus enseñanzas: “Abre tu mano y presta a tu hermano lo que vieres que necesita”, dice en el Deuteronomio (112).

---

(111) S. S. León XIII a los católicos españoles.

(112) *Dt.* 5, 8.

Por medio del Profeta Isaías nos prescribe: "Parte tu pan con el hambriento... y cubre al desnudo" (113).

En el Evangelio su orden es aún más precisa: "Dad limosna" (114). "Al que te pide, dale" (115).

"Id, malditos, al fuego eterno... porque tuve hambre y no me disteis de comer" (116).

Esta enseñanza tan clara en las Sagradas Escrituras, se precisa con igual fuerza en los Padres de la Iglesia, testigos y expresión de su auténtica tradición.

"Lo superfluo del rico, pertenece al pobre, dice San Agustín; el que lo retiene, retiene los bienes de otros".

"Apoderarse de lo que otro posee y negarse a dar algo cuando se puede, al que nada tiene, son dos crímenes iguales", expresa San Ambrosio.

Cuando entramos a leer los escritos de los Santos Padres, vemos con qué insistencia y fuerza afirman este precepto a los fieles de su tiempo. Ser amigo de los pobres equivale a ser verdadero cristiano y es el título de honor que se graba como epitafio sobre las tumbas de los cristianos de esa época.

San Ambrosio y San Juan Crisóstomo hacen el paralelo entre el bueno y el mal rico: "Los primeros son aquellos que poseyendo las riquezas, no son poseídos por ellas" (117). Los segundos, "son ricos a los ojos del mundo, pero miserables a los ojos de Dios" (118).

"No se manda el no tener bienes, pero se prohíbe de ser mal rico; se puede ser rico sin avaricia, sin rapiña, sin soberbia" (119).

La síntesis de ese pensamiento es la siguiente: cuando un rico cultiva el dinero para sí y después pretende ser buen cristiano, trata de engañar a Dios. El amor a Dios se expresa con el amor al prójimo y éste se traduce en obras de asistencia y alivio concreto de las miserias. Aquí especialmente no se admite separación entre fe y obras. Las oraciones no sirven si no van acompañadas de la limosna.

"Conozco muchos, dice San Basilio, que ayunan, oran y gimen y exhiben toda la piedad que no cuesta, pero que no dan un óbolo al que sufre en la miseria. ¿De qué les sirve a estos todas las otras virtudes?"

La Caridad es dar y en este dar el rico es verdadero rico. El hombre está en el mundo para derramar Caridad. El que no ayuda al prójimo es culpable aunque no lo despoje ni le haga mal (120).

---

(113) *Is.* 58, 7.

(114) *Lc.* 12, 53.

(115) *Mt.* 5, 42.

(116) *Mt.* 25, 41 - 42.

(117) S. Ambrosio: *De Nabuthae*, 15 - 63.

(118) *Ibid.*

(119) S. Juan Crisóstomo: *In Ep. I ad Cor.*, P. G., 61 - 94.

(120) Ver S. Juan Crisóstomo: *In Isaiam*. P. G.

La limosna es amor en acto, dicen los Padres, y el sentimiento que la inspira levanta la dignidad del pobre al punto en que el pobre ha sido colocado en el Evangelio, cuando ha hecho de él una representación de Cristo. Un tal concepto revoluciona los conceptos corrientes; en vez de despreciar al mísero se le venera. Quien sirve al pobre, sirve a Cristo y esta identidad penetrando en las almas de los cristianos las abre a la compasión del corazón y a la comunicación de los bienes; por ella la miseria disminuye, las distancias se acortan, la fraternidad pasa a ser un hecho concreto (121).

Así hablan los Padres de la Iglesia, y sus innumerables y ricos testimonios son la expresión viva de la tradición de la Iglesia sobre el precepto de la limosna.

Señalada la obligatoriedad del precepto de la limosna, mostremos su excelencia a fin de darle en nuestra vida cristiana el lugar que debe ocupar.

Santo Tomás nos dice que esta excelencia viene de ver a Jesucristo en la persona del pobre. El Santo Doctor nos enseña que Cristo está de doble manera en los pobres: por comisión y por sustitución. Los príncipes, dice, tienen oficiales para recaudar del pueblo los tributos. Los pobres son los ministros de Dios establecidos para recibir de los ricos, lo que éstos deben a Dios. Los príncipes tienen oficiales para distribuir entre sus súbditos los bienes de que éstos tienen necesidad. Los ricos son los ministros de Dios para dar a los pobres lo que ellos reciben con abundancia.

Jesucristo está en el pobre: "Lo que hicisteis con algunos de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis" (122) En el último día, en la sentencia definitiva, no dirá: "Disteis a los pobres", sino: "disteis a Mí".

Un Padre de la Iglesia dice: "El pobre alarga la mano, pero Dios recibe la limosna".

Hay una bella página de San Pedro Crisólogo que muestra la relación entre el pobre y la Sagrada Eucaristía:

"Jesucristo en la Eucaristía y Jesucristo en los pobres, debe ser igualmente un misterio de Religión.

En el tabernáculo se oculta bajo los velos; en el pobre, debajo de sus ropas.

En el tabernáculo es objeto de nuestro culto, en el pobre, de nuestra Caridad.

En el tabernáculo nos comunica sus gracias, en el pobre, espera nuestros servicios.

En el tabernáculo nos alimenta con su carne; en el pobre, le alimentamos con nuestros bienes".

Con razón, el Pontífice San León Magno exclama: "El hombre caritativo es Dios visible en la tierra".

De esta excelencia de la limosna derivan sus ventajas.

La limosna conduce al conocimiento de Jesús.

---

(121) Ver S. Ambrosio: *De Viduis*. P. L. 16-251 - S. Hieron., Ep. 120.

(122) *Mt.* 25, 46.

También la limosna trae ventajas temporales. La dicha de hacer el bien, la felicidad consistente en darla. Dios recompensa al alma generosa. "El que da al pobre nunca está necesitado", dice el Libro de los Proverbios (123). "Dad y se os dará" (124).

¿Cómo hemos de hacer la limosna?

En primer lugar, con nuestros bienes legítimamente adquiridos.

En segundo lugar, en forma proporcionada a los medios del que hace la limosna y a las necesidades del pobre.

"Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena gana aun de este poco que tuvieres" (125).

Nuestra limosna debe ser afable, sin disgustos ni desprecio. Debe además ser humilde, sin ostentación farisaica: "Cuando des limosna, haz que tu izquierda no sepa lo que hace tu derecha" (126).

Hay mucha miseria inmerecida que espera la ayuda de los que tienen. Hay madres que deben luchar heroicamente para dar a sus hijos unos mendrugos. Hay niños desnutridos que serán pronto pasto de la tuberculosis. Hay ancianos que no tienen para terminar sus días lo más indispensable a su sustento. Hay el problema pavoroso de la falta de habitación decente y digna. No cerremos los ojos al espectáculo de la miseria, ni nuestro oído al grito del indigente. Los que poseen, piensen en los que no poseen.

Los que no saben de la angustia de la pobreza, sientan en su corazón el clamor de los necesitados. Los que tienen de más, no olviden a los que tienen de menos. La sobriedad de vida es un deber cristiano. Lo que se derrocha en lujos inmoderados es algo que se arrebatata a los pobres.

Hay quienes pretenden justificar el lujo diciendo que con eso se da de ganar a mucha gente. El argumento no puede ser más inconsistente. Con él se justificaría también el vicio, pues mucha gente lucra con él. Además, y

Ella, aunque por sí misma no borra los pecados, alcanza gracias de perdón e igualmente gracias de perseverancia. Nuestros derechos al cielo se apoyan en los pobres.

ésta es la razón principal, para que haya Caridad tiene que haber compasión, es decir, sufrir con la desgracia ajena y tratar de aliviarla. El lujo inmoderado es un escarnio a la miseria.

Que la palabra de Cristo resuene con eco hondo en nuestra alma:

"No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los consumen y donde los ladrones perforan y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los consumen y donde los ladrones no perforan ni roban" (127).

---

(123) *Pr.* 28, 17.

(124) *Lc.* 6, 38.

(125) *Tb.* 4, 9.

(126) *Mt.* 6, 3.

(127) *Mt.* 6, 19-20.

“Dad limosna” (128). “Nada acerca tanto al hombre a Dios como la beneficencia” (129).

La Caridad cristiana no es la filantropía.

Esta nace de un sentimiento de conmiseración natural. La primera, de ver a Cristo en nuestro prójimo.

Se pretende reemplazar la Caridad por la filantropía. En los que no tienen fe, en los que niegan los grandes principios de Dios, padre de los hombres, de Cristo, redentor nuestro, de la Iglesia, que une a sus miembros en la maravillosa solidaridad del Cuerpo Místico esto es explicable. Pero no es explicable ni admisible el que católicos acepten el concepto laico de la filantropía y pretendan sustituir con él, el cristiano de la Caridad, de la cual la limosna y la asistencia, son una de sus formas.

Por esto, creemos de nuestro deber, el advertir a los fieles que no hacen bien al preferir obras laicas de fines meramente altruistas, a las auténticas y genuinamente católicas de fines específicamente cristianos.

El altruismo es una virtud natural, muy laudable en los que no tienen fe, pero incompleta e insuficiente para el que cree.

Lo que Cristo ha enseñado y lo que a través de sus veinte siglos la Iglesia ha practicado, no es el mero altruismo natural, sino la generosa y ardiente Caridad sobrenatural.

El deber del católico es cooperar y mantener primeramente las obras de beneficencia y asistencia católicas.

No podemos terminar esta parte, sin decir unas palabras sobre la *asistencia social*.

La limosna debe ser efectiva, debe ser social y debe ser educativa.

Esto significa que debe estar al día con los progresos modernos, servir de la ciencia que pone a su disposición material antes no conocido, relacionarse íntimamente con la previsión obligatoria y de este modo incorporarse a los grandes movimientos económicos y sociales de nuestro tiempo. Debe no sólo reparar las desgracias, sino ser auxiliar precioso de la creación de un orden social, más conforme a la Justicia y a la fraternidad, como la Iglesia por sus doctrinas sociales preconiza. De ahí que el *servicio o asistencia social* cuando está inspirado en el espíritu cristiano, lejos de ser opuesto a la Caridad, es la forma organizada y moderna de ella misma. Así la limosna meramente reparadora, debe ceder su lugar a la limosna organizada. Es una evolución que las necesidades actuales reclaman y a la cual con alto espíritu de comprensión nuestras instituciones deben abrirle camino. Sería en el fondo faltar a la misma Caridad, a la que se desea servir, el encerrarse en marcos rígidos y hacerse insensibles a la evolución que los tiempos traen consigo.

Los católicos en este terreno, como en todos, deben comprender, amar y servir a su tiempo.

La limosna, pide a nuestras obras caritativas que se amplíen a la medida de las necesidades modernas.

---

(128) Lc. 11, 41.

(129) San Gregorio Nacianceno.

La Caridad inteligente y social, no se contenta con dar limosna al miserable, trata de hacer salir al pobre de su condición de tal, colabora al movimiento contemporáneo de desproletarización.

La limosna debe ser educativa. Es decir, debe procurar, no sólo el bien material, sino sobre todo el bien espiritual y moral. No es sólo de hambre corporal que hoy se sufre. Se sufre aún más de hambre espiritual y de miseria moral. Hay que aliviar los cuerpos, pero sobre todo, hay que curar los espíritus. Para que la limosna sea educadora, debe haber contacto con el pobre. Era la gran idea de Ozanam; el que da y el que recibe debían encontrar su perfeccionamiento moral en el ejercicio de la verdadera Caridad.

No es botando unas monedas de oro en medio de una fiesta como se hace la Caridad. No caigamos en la grotesca contradicción de reunirse a gozar para ayudar a sufrir. En las llamadas "fiestas de Caridad" donde eternamente no es la Caridad la que reina, muy pocos se acuerdan del pobre y todos piensan egoístamente en divertirse. No profanemos el dolor del pobre tomándolo de pretexto para nuestro placer. No es así como nuestro mundo paganizado pagará su rescate.

Puede ser que sin esas fiestas haya menos dinero, pero en cambio habrá más Caridad auténtica. Nuestras obras católicas de Caridad y de asistencia no deben jamás desviarse del fin profundo que persiguen. El que Cristo nos impulsó y el que la tradición cristiana ha consagrado.

## V. LA CARIDAD INTERNACIONAL

De la Caridad reinando en el individuo y en la vida social de cada pueblo, hemos de subir al reino de la Caridad en la vida internacional.

El mundo internacional está sometido lo mismo que los individuos a la ley de Caridad. "El Evangelio no tiene una ley de Caridad para los individuos, y otra para los Estados y los Pueblos", dijo Benedicto XV en su Encíclica *Pacem*.

El orden internacional no puede concretarse en una disciplina inspirada exclusivamente en normas jurídicas. El amor es la necesaria integración de la Justicia, quita los motivos de hostilidad entre los pueblos y hace ver las inmensas posibilidades de la concordia y armonía.

S. S. Pío XII ha señalado en sus memorables Mensajes natalicios las bases de la paz entre los pueblos. De un modo especial recordemos el del año 1940 en que muestra las cinco victorias necesarias para la paz: la victoria sobre el odio, sobre la desconfianza, sobre el funesto principio que la utilidad es la base y la regla de los derechos y que la fuerza crea el derecho, sobre los gérmenes del conflicto que consisten en divergencias demasiado estridentes en el campo de la economía mundial y sobre el frío egoísmo. ¿Qué otra cosa significan esas cinco victorias señaladas por el Pontífice, sino el reino de la Justicia y de la Caridad internacionales?

Aunque directamente no nos toque actuar en ese campo, mantengámonos de una parte, totalmente alejados de aquellas doctrinas sembradoras de odios internacionales y tratemos con todas nuestras ansias de trabajar por "la paz de Cristo en el reino de Cristo", que es de Justicia y de Amor.

## VI. EL PERDON DE LAS INJURIAS

Nos acercamos al final de esta ya larga Carta Pastoral, escrita mientras la Iglesia celebra su "Año Santo", que el Santo Padre quiere que sea "el Año del gran retorno y del gran perdón".

Su Santidad acaba de pedirnos en su Encíclica "Anni Sacri" el que trabajemos para que

"apagados los odios y pacificadas las discordias, la humanidad retorne a pensamientos de paz y de bondad y se dirija con confianza al Redentor Divino que es el único que puede solucionar las múltiples y formidables disputas" (130).

La paz, que es la tranquilidad en el orden, tiene su base en el perdón, y éste para ser verdadero y práctico debe ser general, recíproco, sentido y actuado por todos.

Hay que olvidar las ofensas recibidas, perdonarlas, destruir su huella y su recuerdo en nuestro corazón. La oración del cristiano enseñada por el mismo Jesús es oración de paz: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (131).

El que no sabe perdonar no comprende lo que es el Evangelio de Cristo.

"Si vosotros perdonareis a los hombres sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonareis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados" (132).

Meditad un instante la gravedad de estas palabras: "Si no perdonáis de corazón las faltas de vuestros hermanos, Dios no os perdonará vuestros pecados". No os parezca exageración. Esta es la médula del Evangelio.

Hay que amar a los enemigos.

"Habéis oído que fue dicho: "Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo". Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen para que seáis hijos de vuestro Padre de los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial" (133).

Perdonando a los que nos han ofendido demostramos que amamos a Dios y obedecemos su ley.

Cuenta Tertuliano, que el espectáculo de la Caridad fraterna entre los primeros cristianos era un argumento poderoso que convertía a los no

---

(130) Enc. *Anni Sacri*, 12 - III - 1950.

(131) *Mt.* 6, 12.

(132) *Mt.* 6, 14.

(133) *Mt.* 5, 43 y ss.

creyentes. “¡Ved cómo se aman estos cristianos!” era el grito espontáneo que salía de sus labios.

En cambio, ¿es éste el espectáculo que hoy dan tantos cristianos que no saben ni perdonar, ni olvidar?

Tenemos además del precepto divino otro motivo, y es el ejemplo de Jesús. Sus últimas palabras en la Cruz son de perdón: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen” (134). A ejemplo de Cristo, los Santos mueren perdonando. Recordemos las últimas palabras del primer mártir, San Esteban:

“Puesto de rodillas gritó con fuerte voz: Señor, no les imputes este pecado. Y diciendo ésto se durmió” (135).

Al perdón nos obliga también nuestro propio interés. Dios nos tratará como hayamos tratado a nuestro ofensor: “Perdonad y seréis perdonados” (136). La medida que para otros usaréis, ésa se usará para vosotros” (137).

Y ¿cómo debemos perdonar?

Debemos perdonar como Dios perdona:

“Yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, de ley que tuvieses piedad de tu compañero, como yo la tuve de ti?” (138).

Dios no perdona a medias.

Hay que perdonar con todo el corazón, en forma generosa y verdadera. Es decir, olvidar la ofensa recibida, como queremos que Dios olvide las nuestras; tener para nuestro prójimo los mismos sentimientos de estimación que teníamos antes que nos ofendiera. No pongamos condiciones ni límites a nuestro perdón.

Yo perdono... pero no quiero verlo... dicen algunos. Yo perdono... pero no quiero encontrarme más con él, dicen otros. Esto, amados fieles, no es perdonar. Es éste un lenguaje pagano, un perdón farisaico, no el perdón cristiano que brota del fondo del corazón.

Hay que perdonar como Dios nos perdona.

De otra parte, Dios no acepta nuestras oraciones y ofrendas mientras no hayamos sabido perdonar:

“Si vas, pues, a presentar tu ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda” (139).

Hay que volver al Padre de las Misericordias.

Sus brazos abiertos nos aguardan para recibirnos y otorgarnos el gran perdón.

---

(134) *Lc.* 23, 34.

(135) *Hch.* 7, 60.

(136) *Lc.* 6, 37.

(137) *Lc.* 6, 38.

(138) *Mt.* 18, 33 y ss.

(139) *Mt.* 5, 23 y ss.

Pero para ser perdonados hay que perdonar.

Amados fieles; yo os pido esto solamente; perdonaos mutuamente, borrad las ofensas, quitad las discordias, olvidad las injurias, estrechaos las manos como hermanos, fundid en uno vuestros corazones como cristianos,

“y la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (140).

Conclusión: Hemos tratado de mostraros, a través de esta Carta Pastoral, el precepto de la Caridad, su importancia y su práctica en la vida individual y social, no nos resta sino terminar, con una exhortación:

“*Omnia vestra in charitate fiant*. Que todas vuestras cosas se hagan en Caridad” (141). Vivid en Caridad, porque esa es la vida de Dios. “Dios es Amor” (142). Vivid en Caridad, porque es la clave de la Redención: “Me amó y se entregó por mí” (143). Vivid en Caridad, porque ese es el nervio de la vida de la Iglesia. Vivid en Caridad, porque así amamos a Cristo. Vivid en Caridad, “porque es su precepto primero” y la plenitud de la Ley. Vivid en Caridad, porque es la gran necesidad de nuestro tiempo. Sólo el amor puede salvarnos del odio, librarnos del egoísmo, establecer entre los hombres la fraternidad verdadera de hijos de Dios.

Vivid en Caridad, “porque quien vive en Caridad vive en Dios y Dios en él” (144).

Os bendice de corazón vuestro Obispo. En el Nombre del Padre -| y del Hijo -| y del Espíritu -| Santo.

---

(140) *Flp.* 4, 7.

(141) *1 Co.* 16, 14.

(142) *1 Jn.* 4, 8.

(143) *Ga.* 2, 20.

(144) *1 Jn.* 4, 16.